

Sala Circulante

Estante ..... 2 .....

Tabla ..... 7 .....

Núm. .... 16 .....



*del*  
*Yonadab ~~de~~ de Autor*

*9-XI-929*

**El párroco de Villanieves**

**Septiembre—20—1922.**

ES PROPIEDAD

**Biblioteca "PATRIA,, de obras premiadas. — Tomo CXCLII**

---

# **El párroco de Villanieves**

**NOVELA ORIGINAL**

**DE**

**NARCISO DIAZ DE ESCOVAR**

---

**OBRA LAUREADA CON EL PREMIO**

**Angela D. de Rovera**

---

**Oficinas: FUENCARRAL, 138**

**MADRID**

*¡Oh, la influencia social de la novela!  
Es la novela el género literario más  
apto para la propaganda de las ideas. El  
novelista preparó siempre las grandes  
revoluciones de los pueblos. En nuestros  
días la novela rusa—desgraciadamente  
extendida por España—había preparado  
la revolución comunista de aquel imperio,  
hoy en completa descomposición.*

*La novela española puede ser aquí  
firme baluarte del derecho cristiano si  
los actuales poseedores de la riqueza, en  
cualquier grado, le prestan su decidido  
concurso por instinto de conservación.*

*El Patronato Social de Buenas Lecturas,  
con sus Bibliotecas «PATRIA» y  
de Cultura Popular levanta en alto esta  
bandera y llama a cuantos tienen algo  
que perder a cobijarse a su sombra salvadora.  
¡Quiera Dios que ninguno de  
los llamados falte a la cita para su bien  
y el de España!*

JUAN DE DIOS T. AVISA. (1)

---

(1) Véase la novela *Los Sueños de Alvarado*, páginas 44, 45 y 46.

---

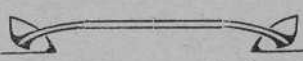
NOTA.—La edición de obras en esta «Biblioteca» no implica recomendación de otros libros de los mismos autores que en ella colaboran; solamente supone la moralidad y ortodoxia de las que publicamos, que en todo tiempo están sometidas a la autoridad de la Iglesia.

*La Dirección.*

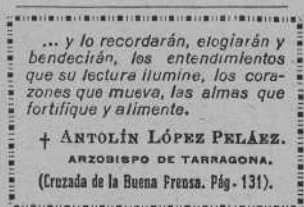


# Obra laureada

Esta obra ha obtenido el premio  
**ANGELA D. DE ROVERA**



Instituído en memoria y hon-  
ra de sus finados, para el fo-  
mento de las Buenas Lec-  
turas, por esta nobilísima  
bienhechora de la morali-  
dad, el casticismo y el arte  
—en las obras literarias—



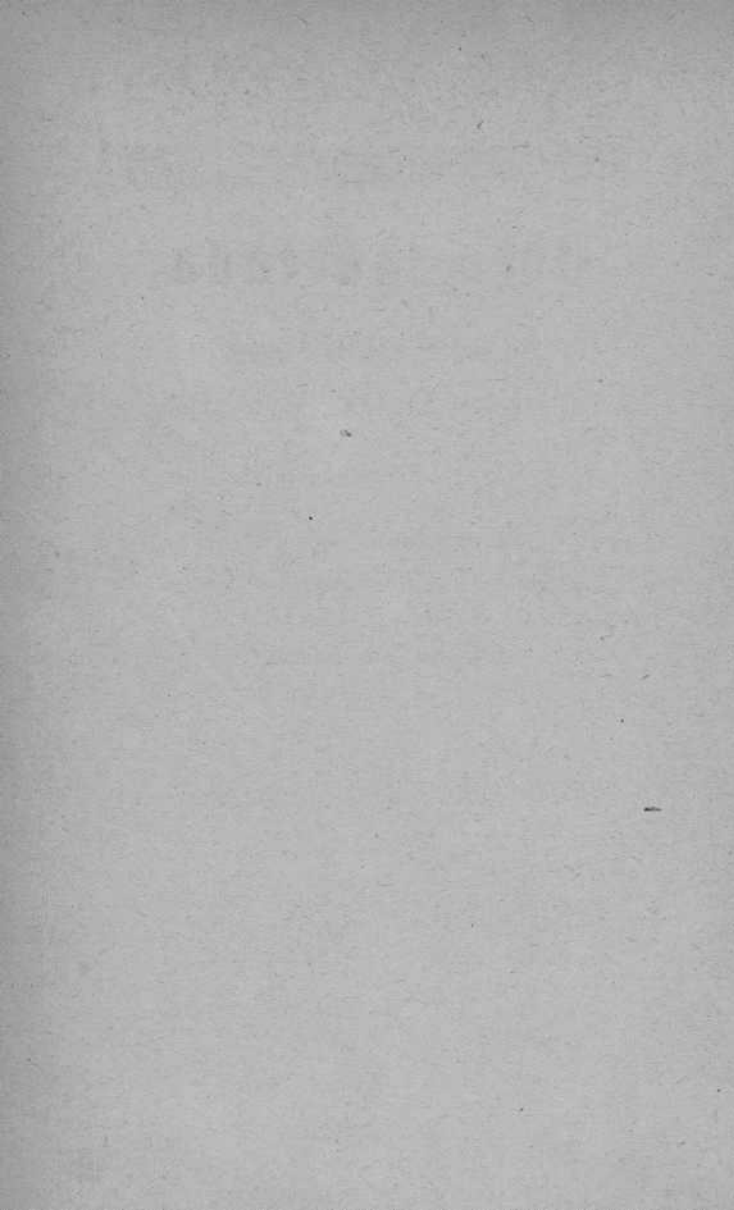
*... y lo recordarán, elogiarán y  
benedirán, los entendimientos  
que su lectura ilumine, los cora-  
zones que mueva, las almas que  
fortifique y alimente.*

† **ANTOLÍN LÓPEZ PELÁEZ.**

ARZOBISPO DE TARRAGONA.

(Cruzada de la Buena Prensa. Pág. 131).





Al notable escritor Ricardo León Román,  
mi discípulo de ayer y mi Maestro de hoy, de-  
dica esta novela, su admirador y leal amigo

Narciso.







## EL PÁRROCO DE VILLANIEVES

---

### I

#### Un cura modelo

**A**L pie de la inculta Sierra de Miramar, que se levanta sobre una extensa planicie llena de verdes huertos y olivares frondosos, salpicados de atrayentes caseríos, se encuentra el pueblo de Villanieves, que semeja una extensa sábana extendida sobre una gigante peña.

Cuentan los historiadores, desmenuzando frases latinas y echando mano de la erudición de Avieno y del Itinerario de Antonino, que allí existió una fortaleza romana, destruída por los soldados de Julio César cuando perseguían a las desgraciadas legiones de Pompeyo. Lo com-

prueban los restos de murallas descubiertas y el hallazgo de lucernas, cráteras, ánforas y monedas, que a fines del siglo XIX aparecieron en un cortijo denominado de Vetocinipo, cuyas excavaciones no han podido continuarse por haber comprado el cortijo un comerciante, convertido en senador del Reino, que califica las antigüedades de tiestos viejos, y la aficiones históricas de chifladuras.

En la época de los árabes aquel poblado fué adquiriendo importancia, pues las tierras cercanas eran utilizadas como dehesas para el ganado, y cuando en 1487 se rindió sin luchar a los Reyes Católicos, como tantos otros lugares de la Andalucía baja, se les concedieron a sus pobladores privilegios especiales, y allí se refugiaron centenares de moriscos, que perdieron muy poco de sus bienes y que hubiesen seguido gozando de sus excepciones a no formar causa común con los de Iztan y Monda, en aquella famosa última noche del año 1568, que tan fatal resultó para los cristianos viejos, asesinados vilmente por los secuaces del anciano Manjuz.

No obstante la expulsión de los moris-

cos, algunos de estos hallaron con el perdón licencia para no marchar a Africa, convirtiéndose a la religión cristiana y constituyendo con algunos aventureros y soldados, oriundos de Extremadura y Galicia, la nueva población, que tuvo su iglesia costeada por don Sancho de Córdoba, señor de Casapalma.

En la actualidad Villanieves es un pueblecito a donde van a pasar el verano algunas familias malagueñas, con un simpático alcalde que apenas sabe leer y escribir, pero que sabe dar gusto al cacique cuando llegan las elecciones y precisa que voten hasta los muertos. La política local no es, por tanto, ni de conservadores, ni de jaimistas, ni de liberales, ni de republicanos, sino que da vueltas a gusto del alcalde, que busca siempre la protección del sol que más calienta, que en este caso suele ser el diputado a Cortes que más influencias cuente en la Villa y Corte del Oso y del Madroño.

Con razón alardeaban los hijos de Villanieves del Cura que la suerte y el señor Obispo les habían deparado. Cuando el ilustre prelado hizo su visita pastoral por la Sierra de Miramar, ofreció que en las

oposiciones a curatos, que estaban próximas, ya procuraría escoger un sacerdote ejemplar para aquella feligresía, que por haber sufrido vacantes e interinidades, estaba un tantico abandonada. Era curato de pocos rendimientos, de gente pobre por lo regular; así es que los aspirantes eran escasos, pues nadie se acordaba allí de mandar decir una misa, y los derechos de bautismos, bodas y entierros, eran tan pequeños, que, al decir del padre Blas Martínez, un párroco que allí existió en tiempos de Isabel II, no daban ni para comer potaje.

El Obispo cumplió, como era de esperar, su promesa, y los habitantes de Villanieves vieron llegar un día, jinete sobre la mula del cosario, el nuevo párroco don Francisco Sánchez de la Torre, que se presentó sin dar aviso, para excusar todo recibimiento.

Era éste un hombre de treinta a cuarenta años, alto, de ojos azules, cabellos rubios bastante rizados, nariz aguileña y bondadosa mirada.

Había en sus labios una sonrisa plácida y en su voz dulzuras que atraían.

A todos los del pueblo agradó, desde

que lo vieron, aquel hombre, que parecía destinado por Dios a la santa misión que se le confiaba.

Si alguna voluntad no hubiese ganado desde el primer momento, la conquistaría de seguro desde que lo fuesen conociendo.

Todo su mobiliario era pobre y tan escaso, que bastó un pequeño carro para conducirle desde la capital. Un par de camas, una mesa de comedor, una docena de sillas bastas, un baúl lleno de libros, un arca con ropa y unos cuantos cuadros de santos, entre ellos dos al óleo, de San Pedro y de San Juan Evangelista, que constituían prueba plena para enviar a presidio al autor, por delito de sacrilegio, que no podía darse nada peor pintado, ni aun haciéndolo expresamente.

Hemos dicho que venían dos camas y es que con el cura, desde que sus padres murieron, vivía una hermana suya a la que llevaba un buen número de años y que era una real moza llena de atractivos físicos y morales, como más adelante indicaremos.

El Padre Francisco, pues así le llamaban sus feligreses, sólo aprovechó tres

habitaciones de la Casa Rectoral. Una para su hermana, otra para él y otra para recibimiento, comedor y biblioteca. Las otras habitaciones las cedió a dos familias pobres del pueblo que estaban en gran miseria y a las que socorría con largueza.

Lo que no cedió fué el huerto, un cuadrado que encerraba dos fanegas de tierra de regadío, con toda clase de frutales, un jardín donde se confundían en invierno claveles, rosas y azucenas y en verano dalias, jazmines y nardos, y una fuente de clara y riquísima agua que venía de cercano manantial y que aun en los días de mayor calor de Julio y Agosto, rivalizaba por su frescura con todas las demás del pueblo.

A los seis meses de estar encargado de la dirección del pueblo, ya el santo pastor había mejorado mucho las costumbres de sus ovejitas. Aconsejando a los cristianos indiferentes, que abundaban antes, hizo que los domingos no faltasen a Misa. Les predicaba sermones de notable fondo, pues, si bien no era un orador eminente, tenía facilidad de palabra, y alentado por los sentimientos de su corazón y por su fe inmensa, se transfiguraba al ocupar el

púlpito, conquistando el don, nada fácil, de tener pendiente de la palabra al auditorio. Por las tardes rezaba el Santo Rosario, y al mismo acudían casi todas las mujeres, especialmente las hijas de María, cuya Congregación creó, y los Cofrades de San Juan de Dios, institución caritativa cuyos fines eran visitar, consolar y socorrer enfermos.

Apenas recibía su paga, se reservaba la tercera parte, destinando otra a dar limosna a los pobres, y la restante a mejorar los objetos del culto.

De este modo iba consiguiendo que los ricos le admirasen y los pobres le idolatrasen, que era modelo de sacerdotes el Cura Párroco de Villanieves de Miramar.





## II

### Confidencias de amigas

**U**N coplero anónimo, un poeta del pueblo, dió a los vientos un cantar, que ha tenido suerte, pues se sigue repitiendo todavía.

Decía así:

«El que vaya a Villanieves  
que no se venga sin ver,  
la hermana del Señor Cura  
y la Cueva del Laurel.»

La Cueva del Laurel es bastante curiosa. Sin ser tan grande como la del Higuecón, situada en los Cantales de Málaga, conserva bastante analogía con ella y guarda un tesoro de estalactitas y esta-

lacmitas. No hay viajero que no la visite, pues está a dos kilómetros del poblado, y aunque la entrada es molesta, los recintos permiten a hombres de regular estatura permanecer de pie.

La hermana del Señor Cura, a la que el coplero alude, bien merece unos párrafos aparte.

Es una real moza, que honra a Marbella, que fué su cuna. No hay pincel que pudiese retratarla con perfección, ni cinceles que modelaran las esbelteces de su cuerpo. Tiene aire señorial, algo de matrona griega, aun dentro de su tipo clásico andaluz.

Es más bien alta que baja y más bien gruesa que delgada. Sus ojos son negros como la noche; pero hay en ellos reflejos de luz y palpitaciones de estrellas. Su nariz es correcta, sus labios tembladores parecen hojas de encendidas rosas que se agitan con leves oscilaciones, en su tez morena hay suavidades de terciopelo y sus cabellos formando espléndidas trenzas y prisioneros en invisibles horquillas, compiten con la negrura de sus ojos. Flexible es su cintura y airoso su andar. Sus pies pequeños afirman la fama que las an-

daluzas tienen y al verlos ocultarse bajo la oscura falda, recuerdan los versos del poeta:

«semejan dos palomas que se esconden  
en dulce y blando nido,  
que da a sus timideces tu vestido.»

Estuvo en lo firme el coplero al decir que en Villanieves una de las cosas dignas de verse, era la hermana del Señor Cura. ¡Vaya si lo merece!

La hallamos una tarde de Julio en el huerto de la Casa Rectoral. Mientras el Párroco, con la azada, como un buen labrador, cuida de abrir y cerrar los surcos para que el riego se efectúe con provecho, Maruja, que este es el nombre de su hermana, está sentada junto a la fuente del centro del jardín y pasa el rato cosiendo, no sabemos qué, ni al caso importa.

Es verdad que más charla que cose, pues en una silla a su lado está la señá Anica la del Veterinario, que es una hembra que debió ser guapa, pero cuya belleza está en ruínas, pues grietas propias del edificio de la vejez son las canas y arrugas, y ella tiene ya el pelo casi blanco y

el cutis dañado y curtido por el sol; aunque asegura que sólo tiene treinta y cinco años, hay que echarle diez o doce más y se le hace favor.

Animada parece la conversación y no obstante hablan en voz baja como si no quisiesen que el Cura se enterara.

—Yo te aseguro, Maruja, que el señorítico que viene los veranos al molino del Duque está jaciendo números por tus peazos—dijo sonriendo la señá Anica.

—Ésas son conversaciones del pueblo; —replicó Maruja—pues yo no he visto en ese hombre naita que llame la atención. Al salir de misa los domingos me mira y aquí paz y después gloria.

—No te hagas la disimulá, que el querer y el dinero no puen estar ocultos. Acuérdate de que hace dos días pasó montao a caballo por tu puerta, y si no golvió la cara veinte veces que me sarga un sarnaso en la mano derecha.

—No, hija, que no te salga esa fogará ni ninguna otra. Yo no te niego que mirara más o menos, que para eso tiene los ojos, y no como los Pares de Francia que los tenían claros y sin vista. Podré gustarle, que al fin no soy ningún escobón

vestío, ni tengo una cara que asuste, pero de gustarle a estar loco por mí hay más distancia que de Cádiz a las Filipinas.

—¡A los hombres les entra el querer muy fuerte, chiquilla!

—Justo, y como les entra les sale. Además yo no quiero casarme con un señorito, que soy una pobre, que no me muero de hambre, pero que no dispongo más que del día y la noche. Los señoritos que busquen señoritas, y sobre todo que las busquen en la ciudad y no vengán a los pueblos a engañar infelices.

—Piensa que don Roque viene con buen fin.

Maruja soltó la costura, y clavando sus ojazos negros en su amiga agregó:

—¿Eso del buen fin te lo ha dicho él? Es lo corriente. Todos dicen lo mismo, y luego si pueden jugar una mala partida la juegan. Parece mentira que tengas tan poco mundo.

—Acaso por conocerlo mejor que tú, que empiezas a vivir, te doy consejos. Ese hombre te conviene.

—Pues que busque por otro lado.

—A mí no me la pegas tú—añadió intencionadamente Anica.—No quieres a

Roque porque tienes apego a otro hombre.

—¡Calla!—interrumpió Maruja poniéndose un dedo sobre los labios y mirando a su hermano que estaba preocupado con la labranza de la tierra.

—No te alarmes que nadie nos escucha, como no sean los gorriones que pican las uvas y estos mardecíos mosquitos que me han llenao los brazos de ronchas.

—Pues bien, no te lo negaré... necesito desahogar mi pecho y hablar con alguien de lo que me preocupa.

—¡Si ya lo sabía yò, tontaina!

—Quiero a un hombre... y es...

Al decir esto se encendieron las mejillas de la mozuela, como si en ellas hubiesen brotado dos rosas.

Anica riendo, pero bajando la voz, añadió:

—Es Salvaorillo López, el hijo del secretario del juzgao municipal. No te pongas colorá, chiquilla, si eso es lo natural, si ese camino toíticas lo andamos con más o menos fortuna. Además has hecho excelente elección. El mozo se merece cualquier cosa güena. Es guapote, formal, trabajaor, mu cristiano y naita vicioso,

que en eso no se paese a los demás bigardones del pueblo.

—Lo que temo es que no le agrade a mi hermano.

—Ya lo creo que le agradará. Jamás pensó en jaserte monja, que en el mundo pue ser una mujer tan santa como encerrá en un convento. A Salvaorillo le tiene simpatía y acaso haya soñao en èse matrimonio más de una vez.

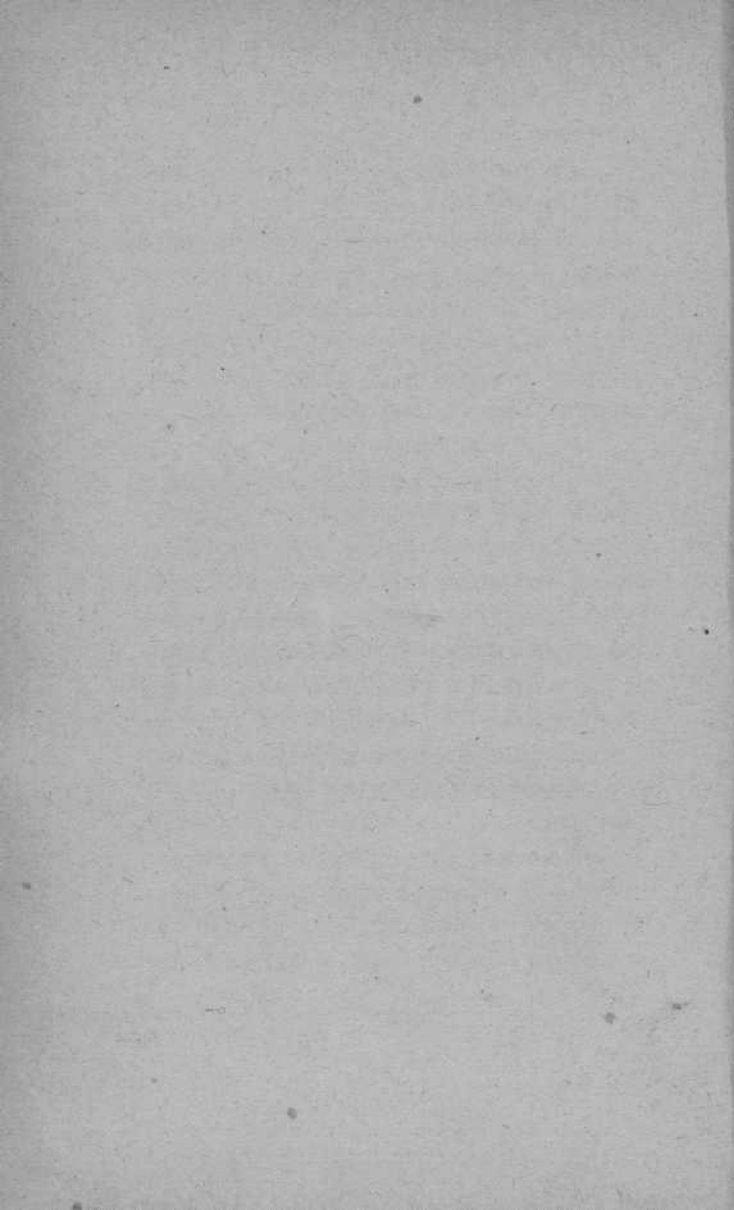
—¡Dios lo quiera!

En esto vieron ambas mujeres que el Padre Francisco se acercaba. Volvieron a la costura, o hicieron como que cosían, que no nos atreveríamos a asegurar tanto.

El sacerdote dejó la azada junto a un banco del jardín, se limpió con un pañuelo de yerbas la tierra que manchaba su vieja sotana y bondadosamente exclamó:

—Es hora de que vayamos a la iglesia a rezar el Santo Rosario. Dejad la costura y echaos un pañuelo sobre la cabeza.

Y el bondadoso Cura y las dos mujeres salieron a la calle y se dirigieron al templo.





Hoguera que avasalla

**E**N la capital de la provincia existía una familia de arraigada nobleza, de amarillentos pergaminos y miniadas ejecutorias, a quien la suerte había sido hostil, acompañándole la desgracia en los últimos lustros. Luchó con la adversidad pero sin obtener ventajas. Su caudal fué poco a poco aminorándose. Poseían ricos lagares en los montes, cubiertos de extensas viñas de uva moscatel, pero la filoxera haciéndose señora de las raíces de las cepas, destruyó aquellas riquezas tan codiciadas, y los gigantes tinajones que todos los otoños se veían repletos de selec-

to vino, llenáronse de telarañas y quedaron vacíos de líquido. Las huertas que poseían en el pago del Agujero, pródigas en limones y naranjas, sufrieron plagas que destruían los frutos antes de cuajar. Las contribuciones, esos arbitrios gusanos destructores de los grandes capitales y la necesidad de hacer reparaciones en edificios, tan viejos como sus ejecutorias, convirtieron en nulos los productos de las varias casas que poseía aquella familia. Acudieron a la usura, agotaron el último recurso, y bebieron las últimas y amargas heces de aquel cáliz de sufrimientos y los usureros les obligaron a vender las fincas, cuando no las quitaban los malhadados pactos de retro a que acudieron con mal fundadas esperanzas en el porvenir.

Don Carlos Hernández de Soto, que era el patriarca vivo de esta linajuda familia, al ver deshecho su capital hizo una liquidación de cuentas con sus acreedores y sólo le restaron para vivir una huerta, que pocos miles de reales valía, unos censos que nadie quiso sobre casas del pueblo de Alhaurin, un Molino harinero en Villanieves y la casa solariega, ruinosa y triste, sobre cuya puerta se le-

vantaba ennegrecido y sucio el escudo de armas, donde un león se apoyaba sobre un mandoble, en uno de los cuarteles, y en otro se veía un castillo y un puente sobre campo de gules. Este puente recordaba la hazaña de uno de sus ascendientes que con dos de sus hombres de armas asaltó el castillo de Ber-

preoc-

la muerte al  
quien llevó al sepulcro casi de repente por una dolencia aguda del corazón y sólo quedó el hidalgo viudo con su hijo Roque, que contaba entonces catorce años.

Roque Hernández de Soto era un muchacho despierto, despreocupado, que no se daba cuenta, o no quería darse la de la situación de su casa. Mimado por sus padres, con una educación ligera, pues procuraban darle gusto en sus caprichos, no imitó en nada las virtudes de los que le dieron el ser. Además tuvo la mala suerte de reunirse con otros jóvenes calaveras preccces, que le llevaron por la mala senda que ellos seguían.

A los veinte años Roque había dado al traste con las honrosas tradiciones de sus apellidos ilustres, con harta pena de su infeliz padre, cuyos sermones tardíos, sus consejos prudentes y sus amantes súplicas, que hacía con lágrimas en los ojos, no daban el menor fruto.

Después de salir de su casa, vió que el mundo le trataban con ese despego con que se mira al hombre que va descendiendo por los peldaños de la degradación.

No echaba cuentas de que estaba arruinado y sus ojos no abarcaban el porvenir, confiando sólo en aquello que el destino le tuviese preparado. Con mil fatigas, gracias a la benevolencia de los Profesores, se hizo Bachiller. Empezó la carrera militar y lo suspendieron por dos veces en la Academia de Toledo. Entonces escogió como recurso la carrera de Filosofía y Letras, pero en vista de que la decadencia de su casa no le permitía estudiar en la Universidad, acabó por arrinconar los

libros y hacerse un paseante en  
pues aunque le ofrecieron un destino  
el Ayuntamiento, por influencias de un  
suyo que era Concejal, estimó que era  
degradante para un Hernández de Soto,  
ocupar una plaza de escribiente en el Ne-  
gociado de Carnes, perdonando las mil  
quinientas pesetas que le prometían.

Aunque en un principio frecuentaba las  
tertulias y salones donde le deseaban por  
tocar el piano bastante bien, bailar con  
habilidad y ser galante con el bello sexo,  
sus vicios le fueron retirando, casi sin  
sentir, de las reuniones y de esa buena  
sociedad, prefiriendo las malas compañías  
de sus amigos holgazanes y de las per-  
didas que le dispensaban sus repugnantes  
favores.

Roque no se había llegado a enamorar.

Su corazón palpitaba indiferente ante  
ese hermoso sentimiento, que unas veces  
nos lleva a escalar la cumbre y otras nos  
precipita en el más hondo de los abismos.  
Alardeaba de ser hombre práctico, que no  
se rendía a las voluptuosas ternuras de  
unos ojos negros, ni temblaba ante la dul-  
ce sonrisa de unos labios tentadores. Te-  
nía de la mujer una idea en extremo erró-

no viendo en ella ninguna de esas dotes que la hacen solícita com-  
panera del hombre y madre amantísima,  
capaz de todos los sacrificios y de todas  
las heroicidades.

Algunas veces al llegar los veranos tenía la costumbre de irse con su padre a pasar unos meses al molino que les restaba en Villanieves, viejo caserón que, si no estaba amueblado con lujo, pues casi era un cuartel de muebles inválidos, tenía amplias salas y un pequeño huerto donde campeaban las parras cuajadas de racimos, las matas de dompedros y los enrejados de jazmines.

En una de esas temporadas conoció a la hermana del Cura, y si hemos de decir la verdad, sintió una impresión que jamás había experimentado.

No se metió a indagar, ni a preguntarse a sí mismo si aquello era amor o deseo, aunque acaso de ambas cosas tendría su porción.

Hacía años que no iba a misa, apesar de los ruegos y reprimendas del autor de sus días, y aquella temporada todos los domingos asistía al Santo Sacrificio, colocándose cerca del presbiterio para ver

bien a Maruja, que, fija en su «Eucologio», apenas si alguna vez se detuvo a mirar al señorito Roque, como en el pueblo le llamaban. No faltó comadre parlan-china que asegurase que alguna tarde el joven Hernández de Soto asistió al Rosario escondido tras una de las columnas y se afirmaba que unas veces a pie y otras a caballo tenía siempre un pretexto para pasar por la vivienda del Párroco. Este de nada se había apercebido y al ver en la iglesia a Roque creía que iba operándose en él una favorable crisis que le hacía transformar sus vicios y ociosidades en piadosas costumbres. Alma llena de bondades, sólo en lo bueno pensaba y hasta creía pecado pensar mal de las intenciones del prójimo.

Avanzaba el verano y Roque, que siempre estaba codicioso de volver a gozar de la vida agitada de la capital, convino con don Carlos en prolongar su estancia en el molino, al menos hasta que viniesen las primeras lluvias.

Extrañó este cambio a don Carlos, pero no se metió a la averiguación de las causas, sino que disfrutó de los efectos, por ser agradables y encerrar en su fondo es-

peranzas del arrepentimiento de su hijo, que tal vez cansado de sus malas andanzas se proponía regenerarse.

La pasión de Roque, que a nadie en absoluto confió, creció de día en día y se tornó cruel, avasalladora, terrible. Aquel fuego ahogado en el fondo de su corazón tanto tiempo, se convirtió en hoguera. Era preciso que aquella mujer fuese suya, solamente suya.

La deseaba manceba o esposa, que si lo primero fuese imposible, llegaría a lo segundo, como recurso obligado. No estaba acostumbrado a los obstáculos, pero si se presentaban, había que arrollarlos. ¿Cómo? Eso no le preocupaba. Era de los que piensan que todos los medios son buenos para llegar al fin.

Cuando en noches interminables de insomnio le preocupaba su pasión, acababa por decir:

—Es preciso terminar de una vez. Al vado o a la puente, pero hay que seguir el camino, pues no es hora de volverse atrás.



## IV

### La procesión de la Patrona

**L**EGÓ la fiesta de Nuestra Señora de Gracia, patrona de Villanieves, que se celebraba el día 15 de Agosto.

Gran día de júbilo para aquel rústico vecindario.

En ese día había que echar la casa por la ventana. Nadie trabajaba y todos pensaban en el modo de divertirse mejor.

Desde el amanecer se notaba un movimiento extraño. Las mujeres preparaban sus galas mejores para lucirlas por la tarde. Los hombres traían del campo ramas de árboles y flores silvestres, formando arcos sobre las puertas de las casas, so-

bre las ventanas y balcones. En la plaza se había levantado un altar, escaso de velas, pero sobrado de adornos, en el que lucía una imagen de Santa Ana, a la que aquellos vecinos tenían excepcional devoción. Al dar las ocho, una murga compuesta de un bombo, unos platillos, una flauta y un serpentón, recorrió calles y plazas, dirigida por un simpático vejete que fué músico de regimiento en la guerra de Africa y cuyos ademanes y cojera eran motivos de risa para los mozalbetes. Iban delante el alguacil disparando cohetes y un grupo de muchachos que saltaban, gritaban y hasta daban volteretas para expresar su júbilo.

A las diez salió el Ayuntamiento de la Casa Capitular con el Alcalde a la cabeza, llevando este una larga vara con puño de plata, y a su lado los dos mayordomos de la Cofradía de la Virgen, que lo eran este año dos labriegos coloradotes y gordos, que iban campaneándose con cierta satisfacción, orgullosos de ocupar el puesto que se les confiaba. Sobre el pecho lucían grandes escapularios y en las manos los cetros plateados, insignias del cargo. Se dirigieron a la iglesia donde se llevó a

cabo una solemne misa con sermón apropiado, que dió ocasión al Padre Francisco para recordar al pueblo que debía ser digno de la venerada patrona, cuya protección estaba marcada por repetidos milagros en tiempos pasados y presentes. Tuvo un período muy sentido al descubrir las ternuras de la Virgen, peticionaria de gracia y abogada de cuantos imploraban su amparo. No faltó devota que llorase, ni pecador que no sintiera el remordimiento de sus culpas ante las palabras llenas de sinceridad del apóstol.

Acabada la misa, se hicieron con arreglo a la tradición, las elecciones de Mayordomos para el año siguiente, y se cantó una salve por las niñas y niños de las Escuelas.

Hubo en la sacristía sus dulces y un trago de vino costeados por los Mayordomos salientes, y el séquito concejil regresó a la Casa Capitular, con música y cohetes.

Con ardiente anhelo se deseaba que llegase la hora de la procesión, señalada para las seis de la tarde, a fin de evitar el calor propio del mes de Agosto.

Salieron del arca los más ricos manto-

nes y los vistosos pañuelos de talle, las faldas rameadas y las alhajas, herencia de otras generaciones, que brillaban en pechos y manos como si acabasen de salir del taller del platero, que, pendientes, alfileres, hebillas y anillos, relumbraban en competencia. Los hombres formaban corros, ostentando camisones almidonados, anchos sombreros cordobeses y trajes nuevos, o remozados por el alcohol o la bencina. Casi todos se apoyaban en sendos báculos y los mozalbetes agitaban en sus manos ramos de albahaca, que al pasar la Virgen debían arrojar sobre el trono.

Las mozuelas, ágiles, guapas, sonriendo, pasaban cerca de los grupos, codiciosas del ingenioso requiebro o de la mirada expresiva, en tanto que las ancianas iban detrás cuchicheando, aprisionando en su memoria los recuerdos felices de otra edad y de otras fiestas de la Patrona. Mezclaban recuerdos tristes y alegres que en esos momentos nacen siempre confundidos, como confundidos viven en el fondo de los corazones de los viejos.

Sencilla, pero llena de encantos para las almas piadosas, era la procesión. Ad

miraba el orden y la religiosidad de los que en ella iban y de los que se limitaban a verla pasar.

Tras una pareja de la Guardia Civil, un tamboril y una trompeta. Seguían varias niñas con vestidos y velos blancos, coronas de azahar y ramos de rosas en las manos, las alumnas y alumnos de las Escuelas, con su Maestra y Maestro a la cabeza, centenares de mujeres con velas encendidas, rezando el Rosario, que una de ellas entonaba, no pocos hombres, campesinos y obreros que también llevaban sus velas, y la manga de la Parroquia con los monagos de roja sotana y albo roquete y el Padre Francisco revestido de capa blanca bordada, labor del Siglo XVII, que siempre llamaba la atención de los anticuarios, afanosos por adquirir gangas que vender a precios fabulosos en los mercados extranjeros.

¡Qué hermosa venía la Virgen! Ocupaba un trono de flores al que estaban sujetas algunas palomas blancas, con lazos de color de rosa y celestes al cuello. Sin ser una obra escultórica de gran mérito, no era una talla despreciable. Había en su rostro una indefinible expresión de ter-

nura. Sobre su seno apretaba al niño Dios con un brazo y con el rostro parecía señalar al cielo, como prometiendo la salvación de las almas que en ella confiasen. La rodeaban numerosas velas que al reflejarse en los bordados de oro del vestido y manto daban a este resplandores extraños, aumentando la atracción de la imagen ante la cual las mujeres doblaban las rodillas y cruzaban las manos y los hombres descubrían sus cabezas.

Como término de la procesión iban la música, el Municipio, presidido por el Alcalde, los Mayordomos y los invitados.

Entre estos figuraba don Carlos Hernández de Soto, que vestía de negro como igualmente su hijo Roque, objeto de curiosas miradas y de algún que otro comentario.

Por vez primera asistía a la procesión de Nuestra Señora de Gracia, a pesar de que casi todos los años veraneaba en Villanieves cuando esa solemnidad se llevaba a efecto.

## V

### Costumbres añejas

**D**ESDE tiempo inmemorial, al celebrarse en Villanieves la fiesta de la Patrona, se terminaba con un baile al que concurrían las mozas del pueblo y en el que se verificaba una costumbre, que no puede calificarse de rara, pues también era patrimonio de otros pueblos y partidos rurales.

Llamábase la subasta del beso.

Los Mayordomos subastaban el derecho a dar un beso en la frente a la muchacha que se escogía por el mejor postor.

Ninguna podía negarse a ello, sin merecer las más graves censuras.

Los productos de la subasta se entregaban a los Mayordomos de la Hermandad, que autorizaban el acto con su presencia.

Inútil es decir que los pueblerinos procuraban hacer ahorros para cuando llegase el día de la subasta y se referían grandes sacrificios hechos por algún enamorado para que se le declarase vencedor y se le otorgara el apetitoso y codiciado premio.

También se contaba que esta peligrosa costumbre, dió, en ocasiones, motivo a graves disgustos y a riñas de consecuencias fatales.

Cuando el Padre Francisco fué nombrado Cura de Villanieves y se enteró de esa subasta, la calificó de inmoral, de pecaminosa y de absurda y se propuso acabar con ella.

Aprovechando un viaje que hizo a la Capital, habló con el Provisor y éste convino en las ideas del Párroco, prohibiendo que volviese a celebrarse.

Mas la prohibición del Provisorato y los propósitos del Párroco, cayeron como una bomba en el seno de la Cofradía. Si la subasta no se llevaba a efecto, desaparecía uno de los ingresos con que se contaba



para la función de estatutos y para comprar la cera que se gastaba en la procesión.

Una comisión con representaciones concejiles hizo un viaje a la Capital, alegando la antigüedad de la costumbre, la buena intención que presidía en los mismos postores, lo que era demasiado asegurar, y las autorizaciones que otros Curas dieron por no hallar en ello materia de culpa. Pero el Provisor contestó que aquello que es malo de origen, nunca puede admitirse en sana lógica como bueno y que si el caso se repetía se vería en la necesidad de ser riguroso con los desobedientes. Estaba en lo firme el Padre Francisco y su opinión era la del Provisorato y la del señor Obispo, que se hallaba enterado del caso, y llegaría a obrar enérgicamente si se notaban síntomas de rebeldía en los Cofrades.

Después de una docena de conferencias, de mediar el Diputado a Cortes por el distrito y de un par de sermones enérgicos del Padre Francisco, se llegó a una fórmula conciliatoria.

La subasta no quedaría totalmente suprimida, pero en vez de hacerse posturas a dar el beso en la frente, se subastaría la

pareja del primer baile. El mozo que mayor postura ofreciese, adquiriría el derecho a escoger una mozuela con la que bailarían antes que todos y ocuparía después la presidencia, cerca de los ambicionados sillones de baqueta, donde reposaban sus humanidades los Mayordomos.

Así se hizo aquel año y el siguiente y se venía haciendo, no sin la recatada protesta de alguno que otro mozalbete. El producto de la subasta era menor que antes, incluso que muchos no sabían bailar, mientras que dar un beso, ¿quién no lo sabe?

La noche de la fiesta de la Patrona, a que antes nos hemos referido, había gran animación para el baile, pues se aseguraba que el hijo del Tío Aserrín, (un carpintero que como corredor de los pinares del Duque de Tasara se había hecho rico vendiendo pinos a los Arsenales) había de pujar la pareja a Paco Latorre que había alardeado de que sería el primero en el baile por darle en la cabeza al primogénito del carpintero, que tan antipático era a todos los convecinos.

Se había habilitado para el festejo, un gran espacio de terreno que había en la

carretera, junto a la venta de la Tía Alfeñique. Tenía como dosel una frondosa parra a la que se enredaban jazmines y madreselvas, contrastando sus fuertes olores, que formaban el incienso de aquellos campos.

De trecho en trecho, aparecían velones colgados, algunos de tres mecheros; ejemplares soberbios de la industria de Lucena. Alrededor se veían hileras de bancos, que de la escuela de niñas se trajeron y algunas sillas prestadas por el Juez Municipal. En uno de los extremos había una mesa de pino, bastante mugrienta y sobre ella un tintero de imitación talaverana, unos cuadernos de papel blanco, una pluma de panzudo mango rojo y una campanilla.

Apenas entró la procesión en el templo, comenzaron a llegar mozuelas y como tras de la sogá va el caldero, entraron varios mozalbetes. Convenía ir temprano para coger sitio.

Cuando los Mayordomos hicieron su entrada y con ellos el Alcalde y el Padre Francisco, empezó el acto.

Sonó la campanilla presidencial imponiendo orden y el Alguacil, que era de los

más borrachos pero también de los más brutos del pueblo, exclamó.

—Señores, se encomienza la subasta. Púen tomar parte toos los hombres que tengan ganas. ¡Ea! ¡Vamos allá!...

Adelantóse Manolo, el hijo del Tío Ase-rrín y con cierto alarde de soberbia dijo:

—Van cinco pesetas por el primer baile.

—Poco es, amigo. Yo doy siete cincuenta.

Esto expresó un muchacho moreno, de ojos muy grandes, de excelente apostura y que con el bolso verde de seda en la mano derecha se acercó a la mesa. Era Salvaorillo López.

—Diez pesetas—gritó Manolo.

—Veinte—agregó López.

—Treinta.

—Cincuenta.

—Sesenta.

—Sesenta y cinco.

De este modo iban pujando los dos rivales, mientras las muchachas murmuraban y ellos se dividían en dos bandos deseando el triunfo del escogido.

—¡Dan setenta y cinco pesetas!—exclamó el Alguacil.—¿No hay quién dé más?

—Y yo ciento veinte y cinco—marcó

Manolo, casi a la vez que contaba los duros que su bolso contenía al objeto de ver hasta donde podrían llegar sus pujas.

En esto se oyó una voz enérgica, firme, un acento que nada de rústico tenía.

—Doy doscientas cincuenta pesetas por el primer baile.

Hubo un murmullo general y ellas y ellos miraron al sitio de donde la voz partía.

Era el señorito del Molino del Duque, el mismo don Roque Hernández de Soto, en persona.

El Alguacil con todas las fuerzas de sus pulmones gritó:

—Dan doscientas cincuenta pesetas por el primer baile... A la una... a las dos...

Salvaorillo y Manolo se miraron y dando unos pasos atrás se confundieron con los grupos.

Ellos no podían competir en esa forma.

—¡A las tres!—exclamó el Alguacil.—  
¡Está jecha! Que güena pró le jaga a quien la tiene puesta.

Roque se acercó a la mesa y dejó caer tres billetes.

El Mayordomo más viejo, se levantó y preguntó:

—Tiene osté, señorito Roque, el derecho a elegir pareja. ¿Quién va a ser de ellas?

—Escogida está. Bailaré con la hermana del señor Cura.

Una ráfaga de envidia y celos paso por entre las que soñaban con ser las preferidas. Los mozos sintieron impulsos de rabia al verse humillados por aquel señorito.

Eso no había ocurrido nunca en el pueblo. Venía un forastero a quitarles un derecho que era suyo.

Mientras Roque se dirigía al banco donde Maruja, con otras amigas, estaba, el Padre Francisco se quedó pensativo.

Adivinó lo que pasaba y lo que podía pasar.

Era preciso ponerse en guardia.

## VI

### Luchas de amor y celos

**S**ONARON los desafinados instrumentos de la murga y bailó la primera pareja.

Maruja, a pesar de que tenía fama de bailar bien, se dejó llevar por Roque, que era maestro en el arte de la danza.

Pasados tres minutos, los Mayordomos tocaron la campanilla y las demás parejas entraron en el baile, según era costumbre.

Pronto se olvidó lo ocurrido y cada cual de sí se ocupaba y no de los demás.

Roque era incansable bailando.

Maruja, que deseaba dar término a situación tan excepcional, sintiéndose o fin-

giéndose fatigada, en voz baja casi imperceptible indicó:

—Desearía descansar. No me siento buena. El baile empieza a marearme. ¿Quiere usted que me siente un rato?

—Niña, aquí usted manda y yo obedezco. Agárrese a mi brazo.

—Gracias—replicó Maruja adelantándose algunos pasos y buscando con la vista un asiento desocupado que poder ocupar, desdeñando el de la presidencia.

Roque la siguió, y al sentarse ella se sentó a su lado.

—Perdóneme usted si esta noche me permito ser sombra de ese cuerpo tan pinturero. Y no crea que hago uso de un derecho, sino que me siento esclavo de un deseo.

—Al que yo no puedo oponerme—añadió la muchacha, mientras que sus ojos buscaban por todas partes a Salvaorillo, que escondido en el rincón opuesto, detrás de un grupo de mozuelas, intentaba darse cuenta de todos los detalles.

Roque, que jamás supo lo que era timidez, se sentía aquella noche vacilante y cobarde. No podía expresar bien los pensamientos que le asaltaban. Tras una pausa se atrevió a decir;



—Eran muchas las ganas que yo tenía de hablar un rato con esta personilla que me ha dispensado la honra de bailar conmigo. ¿Quiere usted escucharme?

—Diga lo que guste, que supongo no ha de ser asunto de vida o muerte.

—Pues mire usted lo que son las cosas. Tal vez lo sea para mí.

—¡Vaya con el asunto! ¿Con que es tan grave?

—Grave es.

—¿No pudiera quedar para otro día?

—Imposible. Las ocasiones no se presentan siempre y yo necesito decirle a usted un millón de cosas.

Roque no dejó de notar que Maruja trataba de retardar toda explicación y se decidió a ser claro.

—Necesito decirle que estoy enamorado.

—Mala enfermedad. Debe ponerse en cura.

—De eso trato y es usted sola la que puede aliviarme algo este malestar que padezco. Estoy loco por usted.

—¿Esas tenemos? ¿Con que era ese el asunto grave?

—Hace tiempo que debió comprender-

lo. A las mujeres no pasan desapercibidos estos cariños.

—No me he fijado casi en usted, ni ese afecto, que debo agradecer, había de motivar preocupaciones. ¡Serán tantas las mujeres adoradas por usted, o al menos a las que habrá dicho que las adoraba!

—Está equivocadísima. No he de negarle que he sido mariposa en los campos del querer, que me he detenido en muchas flores, que he tenido simpatías y que he creído estar impresionado, pero el sentimiento que usted me inspira no tiene comparación con esos fuegos fátuos que brillaron y desaparecieron. Aspiro a que sea usted mi esposa.

—¿Habla usted en serio?

—Naturalmente. A usted no podría mentirle. Tengo mis razones.

—Para un caballero de su clase y de su nombre es poquita cosa una lugareña. Debe aspirar a señoritas de la nobleza, de esas que viven en las grandes ciudades y tienen autos y palacios, y no a la hermana de un cura de aldea, tan pobre y tan plebeya.

—Es hermosa, es buena... con eso me basta.

En este instante Salvaorillo López cortó aquella conversación de manera rápida. No pudo resignarse por más tiempo.

Desde su rincón había adivinado las frases que Roque pronunciaba. Iba leyendo en los ojos de ella y de él la conversación que sostenían, que los celos tienen intuición especial, y cuando no saben suponen, y por lo regular más veces aciertan que se equivocan.

Una oleada de celos había invadido su corazón, y estaba dispuesto a todo. Empezaba por ser inoportuno, pero podía acabar por ser criminal.

Con acento algo tembloroso dijo:

—Maruja ¿quieres que bailemos lo primero que toquen?

—No tengo inconveniente.

—¿Le ha pasado el mareo?—agregó Roque, terciando en el diálogo.

—Si... ya me encuentro buena.

En esto la murga comenzó a tocar una polka.

Maruja se levantó y dijo a Roque:

—Otro día seguiremos nuestra conversación, y le ruego que hoy me perdone.

Cuando el baile terminó, al sentarse Maruja, le dijo Salvaorillo:

—Esta madrugada no dejes de asomarte a la ventana.

—Me asomaré.

Roque había desaparecido de aquellos sitios.

## VII

### El Sagrado Ministerio

**S**ERÍAN las dos de la mañana cuando en la puerta de la Casa Rectoral sonaron dos tremendos aldabonazos.

El Padre Francisco se arrojó de la cama, envolviéndose en el raído manteo, que estaba pendiente de la percha de su habitación.

Abrió la ventana y no vió a nadie.

No era extraño, pues la noche estaba muy oscura. Nublado el cielo, húmedo el aire, todo parecía anunciar una tormenta. Fijándose algo más, le pareció distinguir un bulto, sentado o acurrucado al pie de uno de los álamos del camino.

—¿Quién ha llamado?—gritó.

Y una voz que parecía velada por las lágrimas, respondió:

—Soy yo, padre Francisco. Soy Belica, la mujer del tío Quirico el leñador, la que vive en la Sierra. Mi marío se ha puesto mu malito, ni siquiera da cuenta de la persona, venga osté por Dios y la Virgen Santísima, que no quiero que se muera sin confesar.

—¡Vaya por Dios, hija mía!—exclamó el sacerdote. —¿Con que tan malo lo encuentras? Verás como quiere la divina justicia que no sea grave y te hayas alarmado sin motivo.

—No, padre, mi marido se muere.—Y al decir esto, Belica soltó el caudal de su llanto y de sus gemidos.

—No tardo ni cinco minutos. Voy a coger la sotana y me marchó contigo.

—El Señor se lo pague y le llene de bendiciones.

El padre Francisco se acabó de vestir con una rapidez asombrosa. Llamó luego a la puerta del cuarto de su hermana y le dijo:

—Has oído, Maruja, que vienen por mí.

—Lo he oído — contestó desde dentro una argentina vocecita.

—Procuraré estar aquí a la hora de la misa; pero si fuese cosa grave y tardase, no te alarmes.

En esto escuchóse un trueno lejano.

—Ha sonado un trueno, — agregó Maruja.

—¡Bah! Esas son tormentas de verano. Cuatro relámpagos, dos truenecillos y media docena de gotas de agua. No hay cuidado, que no me llegará el agua al cuello.

—Por si acaso, toma el paraguas.

—Lo haré por darte gusto.

Y el padre Francisco se acercó a un rincón de la estancia y cogió un paraguas de aquellos que llamaban de familia, paraguas de tela colorada, con cenefa de ramos negros y puño de metal dorado, que fueron un tiempo patrimonio de Canónigos, Párrocos y Médicos de pueblo y que todavía se conservan en algunos lugares de Andalucía.

Unos minutos después, el Párroco, llevando al lado a la desconsolada Belica, que iba dando *jiptos* y hablando sin cesar, empezó la ascensión a la Sierra. El tío Quirico era guarda de aquellos espartales y habitaba una casucha miserable, más

bien una choza en el promedio de la Sierra.

De cuando en cuando brillantes relámpagos inundaban de luz aquellos vericuetos. Los truenos se sucedían cada vez con menos intervalos y sus ruidos secos, retumbando en los huecos de las peñas, se prolongaban hasta las lejanías.

—Mala noche se presenta, Belica—dijo el padre Francisco.

—Cuánta pena me da jacerle a osté pasar este mal rato.

—Bah, hija mía, es mi deber y además lo hago con gusto, porque las miserables criaturas debemos ofrecer estas fatigas a Dios Nuestro Señor que por nuestros pecados dió su vida.

—El Señor quiera que lleguemos a tiempo.

—Ya verás, ya verás como es un accidente pasajero.

Empezaba a llover y el sacerdote abrió el paraguas, cobijando a la infeliz Belica y casi olvidándose del agua que le mojaba el manteo.

Llegaron a la choza.

No se equivocaba Belica, el desdichado tío Quirico estaba muy malo. Sin necesi-



dad de ser médico, había sobrados síntomas para ver que se trataba de un ataque al corazón.

Al ver entrar al Cura, abrió los ojos, intentó tenderle la callosa y enflaquecida mano y murmuró:

—¡Ay, padre Francisco, me muero! ¡Me muero!

—No hay que ponerse en lo peor. Ten resignación y confía en que para Dios no hay imposible, ni enfermo que no pueda sanar.

—De todos modos, yo quiero, yo necesito hacer mi confesión.

—Será lo que tu quieras. Por eso no pierdes nada y ganas mucho. Déjanos, Belica, y llévate a los chicos.

La mujer de Quico obedeció y con ella salieron sus dos hijas, que iban llorando como su madre.

Se quitó el Párroco el humedecido manteo, cogió una silla, la puso junto a la cama, inclinó su oído al enfermo, estrechó una de sus manos y exclamó:

—Di conmigo *yo pecador...*, pero sin fatigarte... despacio...

. . . . .  
. . . . .

Media hora después el tío Quico había hecho su confesión, y en vista de la gravedad del caso, el padre Francisco rezó las oraciones de agonizantes.

Aquello se acababa. Aquella luz dejaba de brillar.

Cuando los primeros reflejos del día coloreaban las cumbres de la Sierra de Miramar, el guarda dejó de existir en los brazos de Belica.

Mientras tanto el agua caía a torrentes, serpenteando por la montaña, los truenos eran más imponentes y los relámpagos lastimaban los ojos, sucediéndose los unos a los otros.

No obstante, las nubes dejaban ver un trozo de cielo azul; cada vez eran menos espesas y al fin el sol iluminó el espacio.

El padre Francisco, que había estado largo rato de rodillas junto al cadáver, leyendo en alta voz no pocas oraciones, se levantó y dijo:

—Hija mía, tengo que irme, pero avisaré a tu familia, y además te enviaré al tío Lucas el sacristán. No debo dejarte sola mucho tiempo. Encomienda a Dios a tu marido, que yo le aplicaré la misa. Toma además estas monedas de plata para

los gastos del entierro. Quisiera poderte dar más, pero no tengo.

Belica, llorando como una Magdalena, se despidió del Párroco.

Este, después de avisar al tío Lucas para que se fuese a la Sierra, se dirigió hacia la iglesia.

Al aproximarse distinguió un bulto en la ventana de la casa rectoral.

Salvaorillo López estaba pelando la pava con Maruja.

Fingió no ver nada y entró en el templo a revestirse para la misa.



## VIII

### Riña entre rivales

**E**NTRE el padre Francisco y su hermana mediaron aquel día amplias y francas explicaciones.

En los ojos del Cura había lágrimas y su voz estaba enternecida.

—Has hecho mal—exclamó—en dejar que yo adivinase y viera lo que al cabo tenía que saber. Es una falta de confianza que no merezco. ¿Qué motivos tienes para pensar así?

Maruja bajando los ojos replicó:

—Desde que Salvaorillo comenzó a pretenderme, yo me propuse contártelo, pero, la verdad, me daba vergüenza. Muchas veces hice propósito de contártelo

todo, pero sentía como una mordaza en la boca. Lo juro.

—No jures, que, aun siendo verdad, hay en ello materia de pecado, por no ser necesario. Sin que jures debo creerte. Mas no teniendo padre ni madre, debes colocar en el cariño de tu hermano toda la confianza, oír sus consejos y obrar con cierta cordura marchando por caminos que es mi deber señalarte.

—Temía que no te pareciese bien mi elección, que no te agradara que otro afecto se fundiese con el que te tengo.

—No, hermana mía. Estás en la edad de buscar un compañero en las luchas de la vida, ya que no has tenido vocación de claustro, ni yo tampoco te inclinaré a ello, que al convento se debe ir por voluntad propia y no obligada, ni por las familias, ni por los arrebatos de un momento. La que tiene vocación cierta no se arrepiente nunca, y esas son las que Cristo desea para sí. Además, Salvaorillo es un buen muchacho, algo ignorante, de envoltura campesina, pero es bueno, posee excelente corazón y lo creo capaz de hacer la felicidad de una mujer. ¡También ese picarón debió decirme algo!

—Hoy pensaba venir... luego... Al menos, eso me dijo.

—Mucho pensar y poco hacer. ¡Vaya una pareja cobarde! Procura que me hable... que ya ajustaremos cuentas. Yo deseo para tí un marido así, honrado, trabajador y no un señorito vago y aventurero.

Al decir esto, el Cura y su hermana pensaron en Roque, pero nada se dijeron.

Salvaorillo cumplió su promesa y aquella tarde se presentó en la Casa Rectoral.

No se presenta más nervioso un acusado al comparecer ante el Tribunal que ha de condenarlo a presidio o darle la libertad, que Salvaorillo López al hacer su entrada en la habitación del Cura. Tropezó al entrar, se le cayó el sombrero al quitárselo y se dió un codazo contra el quicio de la puerta.

El bondadoso Padre Francisco se sonrió, y haciendo luego un mohín dijo al recién llegado:

—Ven acá, mala persona, que tengo que darte un tirón de orejas y regañarte mucho. ¿Con que querías llevarte la mejor rosa que yo tengo en mi huerto? ¡Eso

lo veremos! ¡Hay que hacer muchos méritos para que yo te la deje llevar! ¡No faltaba más, picaronazo!

—Es que... es que...

—Es que tú la quieres y ella te quiere. ¿No es eso? Conozco el romance y así te ahorro palabras. Además no debe ser tan bueno el deseo cuando te acobardas y casi vienes temblando.

—Es que... es que... ¡Porque yo la quiero con buen fin! Y ella me ha prometido... que...

—Ella, por mucho que prometa, no ha de cumplir nada hasta que yo lo disponga, como hermano mayor, como tutor y... como Párroco, pues he de ser el que en su día os eche las bendiciones.

—¿Cuándo será ese día?

—Hijo mío, todo llega con la voluntad de Dios y también llegará ese momento.

Poco más duró la entrevista y Salvao-rillo salió loco de alegría, anhelando que llegase la noche para contárselo a su novia, sin pensar que ésta, escondida tras de la puerta, no había perdido frase.

Para entretener el tiempo dirigióse el mozalbete, rebosando satisfacciones, hacia el paseo. Hubiese querido poderle co-



municar a todo el que encontraba lo feliz que era.

De pronto sintió una palmada en el hombro.

Volvió la cara y se encontró con Roque.

Ambos habían sido amigos en su niñez y aun echaban sus conversaciones de tarde en tarde.

No obstante, al verse los dos aquella tarde se pusieron serios.

—¡Hola! ¿Eres tú?—exclamó Salvao-rillo.

—No puedes imaginarte lo oportunamente que has venido a estos sitios. Esta noche pensaba buscarte.

—Aquí me tienes, tú dirás.

—Como de tejas abajo nada hay oculto—agregó Roque—me ha dicho una palomita algo que a ti se refiere y me interesa.

—Pues mira, no tengo palomar y no sé qué paloma será esa.

—Ni te importa. Baste decirte que sé tus amores con Maruja. Vuestros disimulos no han resultado en esta ocasión.

—Pues si lo sabes, no fue noble ni honrado lo que hiciste al empeñarte en la puya del baile.

—No tengo que dar cuenta de mis actos. Debo únicamente advertirte que esa mujer vale demasiado para un lugareño como tú. Es necesario que varíes de camino.

Salvaorillo sintió que una ola de sangre subía a su cerebro y le cegaba. Procuró dominarse y replicó:

—Pues lugareño y todo, esa mujer me quiere, y en cambio a tí, al señorito de la ciudad, al rico, al que tanto presume de elegante y de sabio, lo desprecia. ¡Con que mira si te llevo ventaja! Así es que no soy yo el que debe variar de camino.

—Te haré a la fuerza que dejes a esa mujer.

—Lo veremos. Me resultas poco hombre para exigir tanto.

—Cuando hablo de este modo es porque lo he pensado bien.

—Pues yo me río de lo que pienses, pues eres un blanco doble, con mucha propopeya y mucho orgullo y va a ser preciso darte lo que mereces.

Roque alzó el bastón que llevaba; Salvaorillo lo cogió por los brazos, metió su pierna derecha entre las de su rival y le hizo caer al suelo.

En aquel instante llegaron dos hombres, y no sin esfuerzos grandes lograron separarlos.

—Ya me las pagarás—gritaba Roque.

—A todas horas me tienes a tus órdenes—añadió Salvaorillo y siguió hacia su casa cercana de aquel sitio.



## IX

### Un drama en la soledad

**L**A riña entre Roque Hernández de Soto y Salvaorillo López, dió motivo para que las comadres del pueblo discursearan un par de semanas.

Los amores de Maruja no fueron ya un secreto para nadie y cada cual opinaba de modo distinto, pues mientras unas entendían que era justo dar la preferencia a Salvaorillo López, las más la calificaban de tonta, al ver que prefería a un lugareño, a un pelagatos sin oficio ni beneficio, aunque fuera un buen muchacho, a todo un señorito que vestía con gran elegancia, se codeaba con lo mejor de la capital y po-

señal casas, molino y huerta, pues el pueblo no estaba en las interioridades de la casa de los Hernández de Soto y no se daba cuenta de que iban a la ruína.

El padre Francisco, hallábase muy contrariado desde que supo los amores de su hermana; no dormía, se sentía intranquilo y se pasaba las horas enteras en la iglesia ante la imagen de San José bendito, que tenía fama de milagrosa, pidiéndole que le inspirara.

Cuando supo la riña de Roque y Salvaorillo no perdió tiempo, sino que cogió su bonete, se envolvió en el manto y se fué a casa de don Carlos.

Era preciso acudir a la autoridad de éste cerca de su hijo para evitar una tragedia.

Conocía a Salvaorillo desde que era niño y no ignoraba que no tenía un pelo de cobarde.

Tampoco parecía serlo Roque, pero en el señorito hallaba mas doblez y lo estimaba capaz de cualquier felonía.

Su misión sacerdotal le había enseñado a conocer el fondo del corazón humano, no ignoraba a donde arrastran las pasiones y aprendido tenía que el amor y los

celos pueden ser cimientos de escenas dolorosas, que con tiempo deben preverse.

Don Carlos lo recibió con afecto y tras una conversación de más de una hora se convino en que buscaría un pretexto para que Roque abandonara el pueblo, no haciéndolo enseguida para no mortificarle en su amor propio, pero entre tanto ya procuraría aconsejarle y evitar todo encuentro.

Desde la casa de don Carlos marchó el Cura a la del padre de Salvaorillo y allí hubo sermón largo por parte del padre por naturaleza y por el Padre de almas y el joven ofreció rehusar las ocasiones de nueva riña, aunque no ofrecía portarse cobardemente si Roque le provocaba.

Así quedaron las cosas, cuando una tarde, cerca ya del obscurecer, se hallaba Roque Hernández sentado al pie del tronco de un árbol a la entrada del pinar llamado del Conde, no lejos de la carretera, cuando sintió rodar un auto.

Se adelantó hasta la cuneta del camino y vió llegar entre nubes de polvo, pero muy acelerado, un vehículo que de pronto se paró, a escasa distancia de Roque.

Se apeó del carruaje un joven como de veinte o veinte y dos años, vestido de claro, con sombrero flexible y elegantemente calzado. Habló con el chauffeur, el auto se marchó hacia Villanieves y el desconocido se dirigió al lugar donde Roque estaba.

El movimiento que éste hizo, aunque fué momentáneo, revelaba que la presencia de aquella persona no le había causado agradable impresión.

El sujeto en cuestión, con acento de extraña frialdad, se acercó y le dijo:

—En el pueblo me aseguraron que estabas aquí y me alegré. Ya comprenderás que nuestra conversación tenía que ser en lugar retirado y donde no se apercibiese ni el aire.

Roque procuraba reponerse de la impresión sentida, pero estaba pálido.

—No sé que tengas que hablar conmigo con tanto misterio—le replicó.—No obstante me tienes dispuesto a oírte. Sabes que siempre fuimos amigos.

—Pero ya no lo somos. Eres un miserable y vengo dispuesto a que te sometas a mis deseos o a tratarte como te mereces.



—Vuelvo a repetirte que no te comprendo. Me ofendes y no veo con qué justicia hablas así. Me amenazas y no descubro el motivo.

—¡Ah, canalla! ¿Con qué ignoras por qué me expreso así? Tú creías que con alejarte de Málaga, con no escribir más, con dar al olvido lo que pasó, todo estaba concluído. Pues te has equivocado por completo. Tienes que oirme y contestarme, quieras o no quieras.

Y al decir esto el recién llegado, cogió con violencia de la solapa de la cazadora a Roque y le hizo retroceder. El agredido quiso hablar y no acertó a decir palabra.

—La tristeza de mi hermana Sofía, fué, tanto para mi padre como para mí, un indicio alarmante, pero nunca se le dió el alcance que en sí tenía. En vez de disminuir iba creciendo, y a todas horas lloraba, tratando inútilmente de ocultar sus lágrimas a nuestra investigación. Suponíamos que eras tú el causante de aquel llanto; pero no adivinábamos entera la infamia. ¡Miserable!

—¡Luis! ¡Luis! — repitió en voz baja Roque.

—Calla y escucha. Una mañana sor-

prendí a Sofía en su cuarto escribiendo una carta y anegada en llanto. Al verme, estrujó el papel entre sus dedos y lo escondió bajo la almohada. Creyó que no lo había notado y se vino conmigo al comedor donde mi padre nos esperaba. Busqué un pretexto y fui a su dormitorio. Deslié el arrugado escrito y creí que mis ojos me engañaban. En aquellos renglones anunciaba su suicidio y explicaba las causas. Estas eran tu seducción y tu abandono. Había creído en tí y había sido débil. Ahí lo tienes compendiado todo.

—¿Y qué es lo que pretendes de mí?

—Bien puedes adivinarlo. Has deshonrado mi nombre, y aunque deshonra es también que un canalla como tú, forme parte de una familia como la mía, preciso es acogerse al mal menor. Tienes que cumplir tu deber, aunque jamás nuestras manos vuelvan a estrecharse.

—Comprendo lo que buscas.

—Es natural que lo comprendas. Antes de quince días tienes que ser el marido de mi hermana.

—¿Y si me negase a ello?

—Te mataría como a un perro.

—Si es que yo me dejaba matar. Vie-

nes arrebatado, ciego... y contigo no puede hablarse en esta ocasión. Dejemos para mañana este asunto y yo te contestaré mi decisión.

—¿Mañana? ¿Estás loco? Ni un momento debe retardarse este acuerdo, al que hemos de llegar. ¡Ya lo creo que llegaremos!

—Es que no estoy dispuesto a secundar los planes de tu hermana.

—¿Los planes de mi hermana? — gritó Luis con los ojos enrojecidos.

—Justamente. Se me quiere hacer responsable de una acción que yo no he cometido. ¿Dónde están las pruebas? Se desea por ella, por tu padre y por tí, que yo pague los vidrios rotos, cuando yo estoy ajeno a todo lo ocurrido.

Aquella maldad, aquel cinismo, hizo estallar la paciencia de Luis.

Alzó la mano y abofeteó el rostro de Roque.

Se agarraron ambos jóvenes, y empezó una lucha cruel, sin descanso. Caían al suelo y volvían a levantarse. Se golpeaban, se arañaban, se mordían como canes rabiosos.

En un instante, Luis pudo desasirse de

su contrario, y libre la mano derecha, sacó una pistola del bolsillo interior de su americana.

Al verlo Roque, creyéndose perdido, se levantó de un salto y corrió a refugiarse tras un pino que estaba a tres o cuatro metros de distancia.

Luis, al mirarlo correr, alzó el brazo y disparó.

Roque cayó pesadamente sin exhalar un grito. La puntería fué certera.

Acercóse Luis al caído. Se dió cuenta de que el proyectil, entrando por la espalda, había llegado al corazón.

En ese horrible segundo comprendió lo que había hecho, y tapándose los ojos con las manos, exclamó:

—¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿Qué es lo que he hecho?

Inmóvil, pálido como la cera, parecía clavado en aquel sitio. Era como una estatua que parecía velar el sueño eterno de aquel cadáver.

La noche iba extendiendo sus sombras y lejos, el reloj de la iglesia del pueblo dió nueve campanadas.

Al fin, vacilante, apoyándose en los árboles, se alejó Luis de aquel sitio, en di-

rección a Villanieves. El pinar quedó en aterrador silencio. La luz, filtrándose por entre las ramas de los árboles, alumbró y besó el cadáver de Roque Hernández de Soto.



## X

### Penitente madrugador

**E**STABA amaneciendo cuando el padre Francisco se levantó, tras una noche en que apenas llegó a cerrar los ojos.

Se vistió, cogió la llave de la iglesia y abrió la puerta principal, dirigiéndose a una de las Capillas.

Se arrodilló ante un Crucifijo y se puso a leer en un breviario que traía en la mano.

Poco tiempo llevaba abstraído en su piadosa lectura cuando un hombre penetró en el templo.

Era aquel hombre el matador de Roque Hernández de Soto.

Como solamente sabemos que se lla-

maba Luis, debemos dar a nuestros lectores algunos detalles.

Luis Ramírez de Córdoba pertenecía a una hidalga familia sevillana. Su padre fué un valiente militar que hizo proezas en la guerra de Cuba, pero, partidario de las ideas tradicionalistas, se alistó en los ejércitos del pretendiente don Carlos de Borbón, llegando a ser general y mandando las partidas que combatían en el Maestrazgo. Al concluir la guerra civil, el anciano se vino a la región andaluza, cuyo clima aliviaba sus achaques, y fijó allí su residencia, en unión de sus dos hijos, Luis, que contaba veinte años, y Sofía, bellísima muchacha, que no pasaba de los diez y siete.

Luis Ramírez era un joven de buena sociedad, muy honrado y que contaba con grandes simpatías. Heredó de sus ascendientes el culto al honor, y, aunque comenzó los estudios militares en la Academia de Artillería de Segovia, tuvo que retirarse por sufrir una dolencia cerebral que necesitaba reposo.

. . . . .

Al sentir el padre Francisco los pasos



del recién llegado volvió la cara, extrañándose de que tan temprano hubiese feligreses en el templo.

Al movimiento que hizo, Luis se dió cuenta de la presencia del sacerdote.

Sin vacilar se dirigió hacia él y con trémula voz le dijo:

—¡Padre! Necesito confesar. ¿Llego a buena hora?

—Para cumplir mi santo ministerio, todas las horas son buenas. Venga usted conmigo.

El Párroco echó a andar y lo llevó hasta el viejo confesonario que estaba cerca del altar mayor. Se sentó, indicó al penitente que se arrodillase, ciñó su cuello con sus brazos protectores y le dijo:

—Rece usted el *Confiteor Deo*.

Si hubiésemos podido ver las impresiones de aquel rostro, que estaba casi unido al de Luis, acaso nos daríamos cuenta de las horribles torturas que pasó el pobre Cura oyendo tan graves revelaciones.

Luis no ocultó nada. Relató lo sucedido con su hermana, la deshonra de ésta y la infamia de Roque, y detalló su encuentro en el pinar con el seductor, la lucha y la forma en que lo mató.

Acabó de confesar llorando y húmedos estaban también los ojos del padre Francisco, que se creía víctima de una alucinación, esclavo de un sueño del que no lograba despertar.

Procuró con sus palabras llegar hasta lo más hondo del corazón del penitente, para ver si era sincera su confesión y se convenció de que lo era.

Luis estaba arrepentido de su delito, al que le arrastraron tan crueles circunstancias y, sobre todo, el cinismo de aquel hombre que, no sólo se negaba a devolverle, en lo posible, la honra, sino que dirigió a él y a su familia insultos tan grandes.

Tras una pausa, en que penitente y confesor quedaron en silencio, el sacerdote elevó sus ojos al cielo, rezó con el alma más que con los labios las breves oraciones que preceden a la absolución, y absolvió al confesado, que se levantó para arrodillarse ante el mismo Crucifijo ante el cual había rezado el padre Francisco.

## XI

### Las primeras diligencias

**S**ERÍAN las doce de la mañana cuando en el pueblo de Villanieves se presentó uno de los guardas del Pinar del Conde con una gravísima noticia.

Al recorrer las tierras de su guardería, como uno de sus perros ladrase con furia, se adelantó y hallóse con el cadáver del señorito Roque, a quien de antiguo conocía.

Un cuarto de hora después hombres y mujeres comentaban horrorizados la noticia. Los primeros dejaban sus trabajos y se dirigían al pinar a ver el cadáver. Las mujeres, con mayor curiosidad y menos vacilación, no quisieron ser menos, y la

carretera se llenó de gente, que comentaba el suceso.

Verdaderamente el hecho revestía caracteres excepcionales.

El Juez Municipal, acompañado del Secretario y del Alguacil, salieron casi corriendo para el sitio del crimen, no sin enviar un propio al Juez de Instrucción que residía en Agua-hermosa, para que se personara a instruir las diligencias.

El pueblo parecía desierto, pues la mayoría de las casas se cerraron, al irse sus habitantes al pinar.

El padre Francisco, que aquella mañana la había pasado en la iglesia, hasta que el reloj dió las doce y que pretextó estar algo malo para no almorzar, fué de los primeros en oír el relato del guarda.

Creyó que su deber consistía antes que nada en ir a la casa de don Carlos Hernández y prepararlo para recibir la fatal nueva. En su vida se vió en un aprieto mayor.

Cuando llegó había un grupo de campesinos en la puerta, pero por fortuna no se habían atrevido a entrar. Don Carlos estaba muy ajeno a la desgracia que caía sobre sus hombros.

Recibió al padre Francisco en la creencia de que venía a ocuparse de nuevo de incidencias relacionadas con los amores de su hermana y Salvaorillo.

Don Carlos hacía poco que se había levantado y los criados no habían querido decirle que su hijo no había parecido en toda la noche.

Haciendo esfuerzos de imaginación, el sacerdote empezó refiriendo el encuentro de un hombre herido en la carretera y terminó detallando el terrible suceso.

El infeliz padre se abrazó al Párroco y la escena no pudo ser más triste. De los labios de don Carlos brotaban frases de horrible dolor, de desesperación que intentaba calmar el Ministro de Dios con sus reflexiones y consejos. No sin trabajo se dejó conducir a su lecho y al cabo se resolvió un tanto la crisis nerviosa, cuando pudo llorar y desahogar en hondos suspiros las fatigas que dificultaban las palpitaciones del corazón.

Apesar de que Roque no tenía grandes simpatías entre los habitantes de Villanieves, aquella muerte, aquel misterio de que parecía rodearse el delito, hicieron nacer verdaderos sentimientos de compasión en los honrados vecinos del pueblo.

¿Quién era el matador?

En un principio no faltó quien diese a los vientos la idea de que podría el señorito haber sido víctima de algunos ladrones que intentasen robarle y que lo mataran al ver que se defendía, o que los podría reconocer.

Pero no había noticia de que existiesen bandidos por aquellos campos, ni el robo pudo ser móvil del crimen por cuanto el cadáver tenía dinero en la cartera, el reloj, la cadena y los gemelos de oro.

Acaso las imaginaciones tomaron otros derroteros, pero nadie se atrevía a soltar prenda, ni decir palabra aunque casi todos pensasen lo mismo.

Allá la Justicia que aclarase la verdad, pues era su deber.

A las cuatro de la tarde se detuvo un coche en la puerta de la casa del Alcalde y bajó un hombre como de cuarenta años, de excelente presencia, acompañado de un viejo que llevaba un rollo de papeles bajo el brazo.

Era el Juez de Agua-hermosa don Federico del Solar y el Escribano don Antolín Meneses.

No se dieron punto de reposo y en el

mismo coche se dirigieron al pinar, practicando las diligencias del levantamiento del cadáver, trasladando al papel los más insignificantes detalles y reseñando la pistola que fué encontrada a varios pasos del muerto, la cual tenía una cápsula descargada y otra cargada.

El Juzgado se trasladó después a la casa Ayuntamiento y ordenó la comparecencia de testigos, siendo el primero el guarda, que no dió luz alguna, pues aquella noche nada notó, ni escuchó ruido de detonaciones, lo que no era de extrañar pues había permanecido desde la tarde anterior en otro pinar que se hallaba a más de un kilómetro, en el que se estaban haciendo unas cortas de árboles.

Los demás declarantes tampoco aportaron dato alguno digno de mención.

Era el Juez don Federico del Solar, un recto funcionario, de no escasa inteligencia, que sentía ardiente vocación por su carrera. En cuantos juzgados estuvo dejó excelente recuerdo; a su sagacidad y prudencia se debió el descubrimiento de un sangriento crimen perpetrado en Frechilla y cuyos autores creían gozar de la más completa impunidad.

En vista de la obscuridad con que se presentaba el suceso, el Juez se iba poniendo pensativo y su rostro delataba preocupación.

En unos momentos en que se quedaron solos, don Federico dijo al escribano.

—Misterioso es el hecho. ¿Qué opina usted, don Antolín?

—Opino que todos esos declarantes ocultan algo. Doy como cierto que nada saben, pero no juraría que nada sospechan. Fijese bien, como han procurado hablar lo menos posible y terminar pronto. Ese es un recurso de la Gramática parda que ellos cultivan con gran provecho y yo procuro estudiar. Para algo han de servirme estas canas.

—Luego usted cree que ellos pueden darnos el hilo.

—¿El hilo? Y hasta el ovillo, señor Juez. Conviene escribir poco y oír mucho. Una palabra escapada, un gesto, algo insignificante, al parecer, nos servirán de guía en el laberinto.

—Dejemos ahora ese sumario y mañana seguiremos. La almohada que es buena consejera, nos inspire.

—Tengo la seguridad—agregó don An-



tolín — que este delito no queda impune.  
Antes de veinte y cuatro horas tendremos  
la pista.

—Dios le oiga.



## XII

### Auto de procesamiento

**S**ERÍAN las ocho de la mañana cuando el Juez y don Antolín, volvieron a su trabajo.

Lo primero fué ir nuevamente al lugar del delito y medir la distancia que existía entre la carretera y el sitio donde cayó el interfecto. Marcharon luego a presenciar la diligencia de la autopsia.

Para ambos el delito revestía los caracteres de un asesinato, determinado por la alevosía. El proyectil lo había recibido por la espalda. No había granulaciones de pólvora, ni señales de ser el disparo a quema ropa, antes por el contrario, parecía he-

cho a distancia, lo que confirmaba el sitio donde apareció la pistola. Las pisadas que se notaron nada determinaban, pues podían ser anteriores o posteriores del agresor.

Las manifestaciones que les hicieron los médicos, una vez practicada la autopsia, les movieron a dudar algo.

El proyectil se encontró alojado en la aurícula derecha del corazón y correspondía a la cápsula disparada. Se notaron además, y esto era importante, ligeras contusiones en el cuerpo, y en el brazo dos señales que tenían caracteres de mordiscos. En la mejilla izquierda existían huellas de un arañazo.

El Juez no pudo menos de preguntar:

—¿Hubo lucha? ¿Esta lucha había sido inmediata? ¿Se sostuvo con la misma persona que mató luego?

Los dos médicos que practicaron la autopsia no estuvieron de acuerdo en esos extremos.

Previo un recado que se envió con el alguacil, a las dos de la tarde el Juez se presentó a tomar declaración al padre del interfecto.

Don Carlos permanecía en la cama y se

renovaron sus penas al ver entrar en la habitación al representante de la justicia humana.

Hombre de conciencia recta, inflexible en su modo de pensar, el infeliz padre declaró sin apasionamientos. Refirió que después había sabido que su hijo pasó la noche fuera y que ignoraba el motivo de su ausencia, no acostumbrada. Agregó que nunca le dijeron que Roque tuviera enemigos; pero al llegar aquí, tras alguna vacilación, contó la riña que por pequeñeces amorosas tuvo días antes con Salvador López, más a fuer de imparcial no omitió las gestiones hechas por cortar todo disgusto y las promesas del Salvador, a quien creía incapaz de ser el autor del delito.

El Juez y el Escribano se miraron.

Don Antolín había sido profeta. Ya tenían el hilo, que no era despreciable.

Aquella tarde todas las diligencias tendieron a esclarecer cuanto con la riña se relacionaba. A las preguntas que el Juez hizo, todos contestaron acordes. Quedó plenamente probada la enemistad entre Roque y Salvaorillo, la riña en el paseo y aquellas amenazas, que podían ser pró-

logo de una tragedia, que ambos se dirigieron al ser separados.

La hermana del Cura también tuvo que declarar; pero el Juzgado la molestó lo menos posible, entendiendo que poca luz hallarían por ese camino.

Hasta hora avanzada de la noche se dedicó don Federico a leer los borradores de las declaraciones y en un papel iba anotando los indicios que encontraba. Había sobrados para proceder contra Salvaorillo López. No tenía completa convicción de que fuese el criminal pero su deber era procesarle y esperar.

Don Antolín alardeaba de haber estado en lo cierto y creía, como si de misterio dogmático se tratase, que el pájaro estaba ya cogido.

El auto de procesamiento se dictó y una pareja de la Guardia Civil detuvo aquella misma noche al hijo del Secretario del Juzgado Municipal.

A éste no le extrañó su prisión. No protestó ni se lamentó. Desde que supo el asesinato de Roque temió por su libertad.

Las circunstancias venían en su contra. Como la casualidad no descubriese al ase-

sino, era lógico que se fijasen en su persona.

Muy temprano, casi al amanecer del día siguiente, regresaron a la capital del partido el Juez y el Escribano.

Con ellos, bien custodiado por los del tricornio, iba Salvador López.

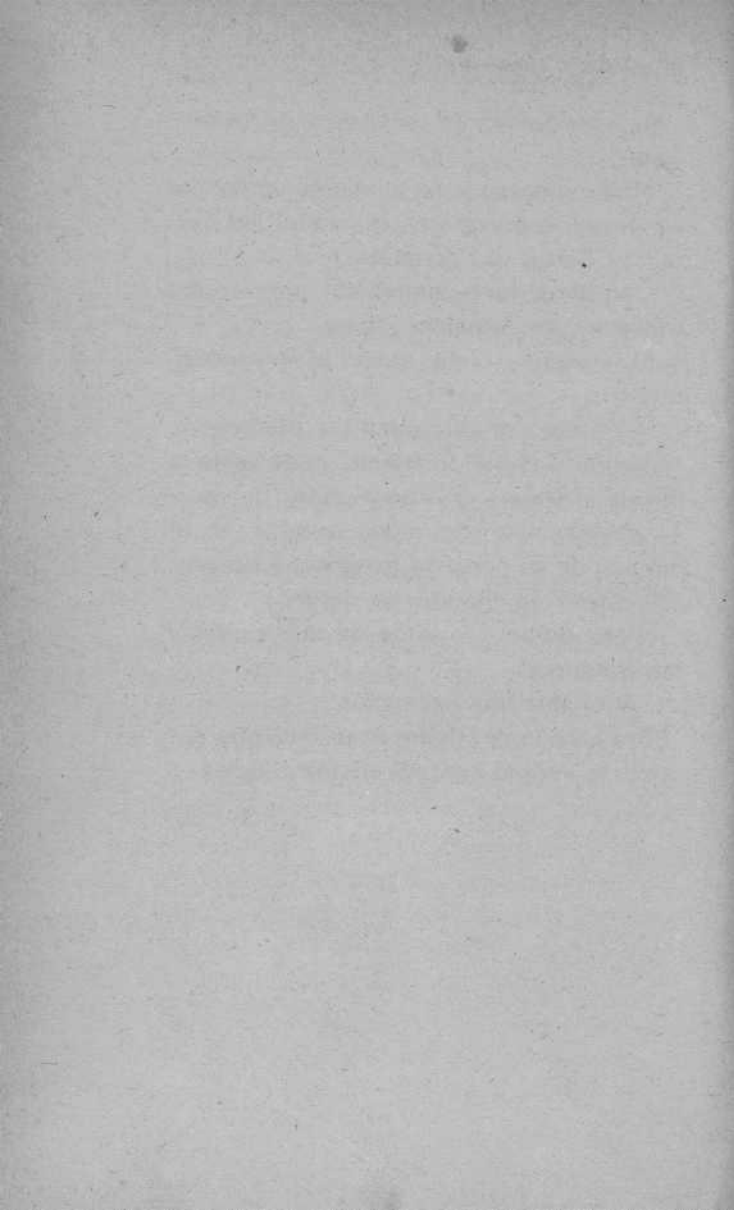
El Juzgado creía llevar al verdadero reo.

Y lo peor era que todos los vecinos de Villanieves creían lo mismo, pues hasta la misma Maruja y el mismo padre del preso, dudaban en ocasiones, aunque en lo intenso de su pena no juzgasen a Salvao-rillo capaz de cometer un delito.

¡Pero suelen los celos ser tan crueles y tan traidores!

Sólo había una excepción.

Era esta la del Padre Francisco que conocía la verdad con sus tristes detalles.





### XIII

#### Anfe el altar

**C**UANDO el Juzgado abandonó el pueblo y Maruja, aprisionada por la pena, lloraba sin consuelo en un rincón de su cuarto, el Padre Francisco, haciendo un esfuerzo para fundir todas sus energías, apoyándose en un bastón de báculo y caminando apresuradamente para que nadie le detuviese, ni preguntase, atravesó los grupos de lugareños que contaban a su modo lo ocurrido y entró en la iglesia. Cerró la puerta por dentro, echando la llave y se dirigió al altar mayor, cayendo de rodillas.

—¡Virgen Santísima de Gracia! ¡Madre de los que sufren! ¡Ten compasión de mí!

Esto decía mientras escondiendo el ros-

tro entre las manos iba recordando detalle por detalle la confesión del penitente.

¡Qué horrible era su situación!

De sus labios estaba pendiente la verdad y la verdad no podía decirla.

¡Era un secreto de confesonario!

Recordaba a San Juan Nepomuceno y a otros santos que fueron mártires antes que revelar el secreto que la santidad de un Sacramento les había revelado.

¡Su silencio cuántos males podía acarrear, y no obstante era imposible que hablase! La mordaza que su Ministerio ponía en su boca no existía fuerza humana que la arrancase.

Sólo Dios, en sus altos designios, en su omnipotencia, podía descifrar el enigma y hacer que la justicia divina brillase y el error humano se desvaneciera.

Ajeno a las andanzas curialescas, no podía internarse en el fondo de aquel sumario instruído por un funcionario recto, pero su buen criterio le ponía de relieve todos aquellos indicios que demostraban la culpabilidad de Salvaorillo.

De poco o de nada había de servir la negativa, cuando se acumulaban pruebas contrarias.

Nadie había dado importancia a la llegada del forastero. Fué un auto que por el pueblo pasó, se detuvo más o menos y regresó al punto de partida. Nadie vió a don Luis Ramírez de Córdoba, ni en el pinar, ni en la carretera, ni en el pueblo. Desde que salió de la iglesia desapareció. Aunque alguien le hubiese visto no había motivo para la menor sospecha, ni para que a nadie preocupase la presencia en Villanieves de aquel hombre que no tenía aspecto sospechoso. Iban y venían tantos automóviles y tantos coches, mucho más cuando Villanieves era estación de paso para Sabora, Valdesegura y otros pueblos de la Sierra.

Su secreto le impedía ni aun hacer que en el forastero se fijase la atención.

Si algo hubiese indicado, su conciencia le reprocharía como traidor al sagrado secreto.

Aunque asegurase que Salvaorillo era inocente, su palabra no revestiría valor alguno, pues no había medio de fundarla.

Rezó durante mucho tiempo, fijos los ojos en la Santísima Virgen y acabó sus rezos, exclamando:

—En tus manos, Virgen María, me pon-

go y en tu protección confío. He de tener un rayo de esperanza hasta el último momento. No puedes dejar que sea condenado un inocente y quede impune el culpable. Por las penas que torturaron tu virginal corazón, durante las horas de la Pasión y muerte de Cristo, yo te pido prestes consuelo a este infeliz sacerdote, enjugues las amargas lágrimas de los que lloran y devuelvas al hogar al encarcelado injustamente.

Luego el Padre Francisco se levantó con gran dificultad, llegó al altar, besó el ara con labio tembloroso y se alejó diciendo:

—Dios me conceda fuerzas para que nadie pueda adivinar que tengo dentro de mí la llave de este secreto. Mi deber es morir antes que hablar. Si el cielo me ha destinado para tan gran martirio, bendita sea la voluntad divina.

## XIV

### Audiencia pública

**N**o habían demostrado pereza el Juez de Agua-hermosa y el viejo curial encargado de la Escribanía al tramitar y despachar el proceso.

A los diez días ya estaba en la Audiencia. El Fiscal, no sólo estimó concluso el sumario, por no faltar diligencia alguna importante, sino que escribió a don Federico felicitándole por su actividad y reconocido celo.

Salvador fué traído a la capital de la provincia, y la Sala, la de la Audiencia, a quien la causa correspondía, se empeñó en no ser menos activa que el Juez de instrucción.

Era acicate para ello el tratarse de un

proceso que había despertado, por su gravedad, general interés, al que la Prensa había dedicado columnas enteras y por el que habían preguntado más de una vez desde el Ministerio y desde la Presidencia de la Territorial.

A los quince días estaba ya unido el escrito de calificación Fiscal. A juicio del Ministerio Público existía un delito de asesinato cualificado por la alevosía y comprendido en el artículo 318 del Código Penal, apreciándose además la circunstancia agravante de premeditación y ninguna atenuante.

Pedía para Salvador López la pena de muerte en garrote y las accesorias correspondientes, mas no la indemnización metálica por estar perdonada.

La defensa del acusado se confió por su padre a uno de los mejores abogados de la capital. Era este don José Velázquez Martínez, diputado a Cortes, literato distinguido y orador elocuente que trabajaba los autos con cariño y se identificaba con las defensas.

Apenas se le dió traslado de la acusación, fué a la cárcel y conferenció con el reo. En honor de la verdad, la entrevista

le impresionó pésimamente. Salvaorillo negaba, pero sin darle medios de defensa. Repetía que era inocente, había en su acento algo que convencía, pero no era bastante. La prueba era catapulta que arrojaba moles inmensas contra esa afirmación. Ni siquiera podía probar que aquella noche se acostó temprano y no salió hasta la madrugada. Sólo sus padres confirmaban ese extremo y esas declaraciones no tenían fuerza jurídica, pues hasta la ley, piadosa en ese extremo, les exime de declarar en contra, si algo en contra supiesen.

El Padre Francisco había también venido a la capital.

Procuró averiguar el domicilio de don Luis Ramírez de Córdoba y su desilusión fué completa. Aquella familia, temerosa de que su deshonor llegase a ser conocida, había embarcado para América. Ni amigos ni criados habían vuelto a saber ni del padre ni de los hijos. En los registros de los consignatarios de vapores no había tampoco anotación alguna. Era probable que se embarcasen en otro puerto.

Tras no pocas gestiones se enteró de que el exgeneral carlista tenía una herma-

na en Sevilla. Allá fué el bondadoso sacerdote y oyó de labios de aquella señora que tampoco ella tenía noticia alguna, ni idea de la población americana donde residiesen.

El juicio oral llegó.

Hallábase la Audiencia de lo Criminal en sitio algo alejado del centro de la ciudad, en una vía que por lo triste y sombría se llamaba calle de los Melancólicos. El edificio que se pretendía hacer pasar por Palacio de Justicia, fué antes almacén de granos. Las reformas que el excelentísimo Ayuntamiento llevó a cabo resultaron deficientes, aunque no económicas. Las paredes continuaron húmedas y la distribución de oficinas no pudo ser peor.

Para la Sala de la 1.<sup>a</sup> Sección se destinó un salón grande, de forma cuadrada, destartalado, de pésimas condiciones acústicas y cuyas ventanas daban a un lugar mal oliente, por desembocar allí las alcantarillas. En vano los Magistrados elevaban sus quejas a los concejales, que se hacían los sordos, y al Ministerio, que se contentaba con dar traslados y formar expedientes que iban a los Archivos sin resultado práctico.



El proceso de Villanieves había despertado la general curiosidad. Por orden de la Presidencia, desde temprano se dejó entrar al público, y antes de comenzar la vista estaba lleno el salón, apesar de toda su amplitud.

Entre barras se colocaron hileras de sillas, que ocuparon señoras, por lo regular pertenecientes a familias de los funcionarios de la Audiencia y de los Letrados del Ilustre Colegio. Alrededor de la mesa de la Prensa no se veía una silla desocupada, pues para esos actos brotan siempre los periodistas espontáneos, aunque muchos de ellos no sepan escribir un suelto, ni redactar un renglón sin faltas de ortografía.

Al dar las doce, por una pequeña puerta que daba al cuarto de togas, entró el Tribunal de Derecho. Tres viejos y honradísimos Magistrados, que no andaban ya lejos de la jubilación y que no tenían fama de eminencias jurídicas, pues no se cuidaron nunca de otros estudios que los precisos, ni de comprar más libros que los absolutamente necesarios, el Código, la Ley Penal, el Viada y el Alcubilla. He ahí su biblioteca.

Junto a los Magistrados se presentó el Fiscal con su constante sonrisita burlona y su cuerpo escuálido, que parecía moverse por medio de un resorte.

Por otra puerta que daba a los pasillos, entró el abogado defensor, a quien rodeaban varios compañeros con toga y birrete, que fueron ocupando los sillones de terciopelo rojo del estrado.

El procesado llegó minutos después entre dos Guardias civiles, con esposas en las manos y andar pausado. Salvaorillo se había desmejorado bastante en los días de su prisión. Estaba más delgado, más pálido y más ojeroso. Con la cabeza baja, se sentó en el banquillo, no sin que antes uno de los guardias le dejase las manos libres.

En la puerta de la sala, un ugiere de galoneada casaca reluciente, espadín y sombrero de tres picos, gritaba desafinadamente:

—¡Audiencia Pública! ¡Cuidado con empujar!

## XV

### Vista y sentencia

**T**RES largas sesiones se invirtieron en el juicio.

El Fiscal, que era hombre ducho en lides jurídicas, recusó a todos los Jurados que iban saliendo de la urna, evitando así que el defensor pudiese elegir los más amigos, o los más benévolo. Quedaron los catorce últimos, que eran militares retirados, maestros de Escuela, comerciantes y gente de escasos conocimientos jurídicos.

La defensa sufrió con ello la primera contrariedad.

La prueba resultó monótona, pesada, sin relieve.

El procesado negó y los testigos casi se limitaron a declarar sobre anteceden-

tes que constituían indicios, con especialidad de la riña del paseo y de la rivalidad que por querer a una misma mujer existía entre el interfecto y el acusado. Los médicos ratificaron su creencia de que medió alevosía y los peritos armeros evidenciaron que la bala que hirió el corazón de Roque procedía de la pistola que estaba sobre la mesa presidencial, como pieza de convicción.

Llegó su turno al Fiscal. Hombre de gran talento y de vasta erudición, aunque poseído de lo que valía y pretencioso en el decir, pronunció informe notabilísimo. Describió el germen de odio sentido por Roque contra Salvaorillo, y por Salvaorillo contra Roque, desarrollándose en la noche del baile, saliendo a luz en la riña del Paseo, y condensándose en la escena sangrienta que acabó con la muerte del rival odiado. Se esforzó en probar que aun suponiendo que en el día de autos hubiese reyerta, fué anterior al acto de matar, pues se disparó a traición y sobre seguro, sin riesgo ya para la persona del agresor. Citó textos legales del Tribunal Supremo en apoyo de esas tesis y de que existía la agravante de premeditación, ya que el acu-

sado fué al campo en busca del interfecto, a quien debió ver salir del pueblo, sosteniendo que tuvo necesidad de pasar por su casa.

En aquel discurso no se notaba palabra de desperdicio, ni argumento que no apareciese robustecido con citas de pruebas, al menos indiciarias.

No menos elocuente se mostró el defensor, que llevaba sobre su compañero la ventaja de redondear admirablemente los párrafos y de salpicar su oración forense de filigranas de estilo. Acaso fueran más débiles los argumentos, pero no obstante se oyeron en el público señales de aprobación al estimar con textos bien escogidos que para imponer una pena tan grave no eran bastantes los indicios sostenidos y demostrar los abismos a que pueden llevar los errores judiciales.

En un período brillante encaminado a la conciencia de los Jueces de hecho, les hizo ver la responsabilidad que contraían y terminó repitiendo aquellos versos del inolvidable Echegaray:

«Cómo se debe sufrir  
al tiempo de condenar,  
y cómo podrán matar  
hombres que deben morir».

Se oyeron algunos aplausos que la campanilla presidencial ahogó, y los murmullos de aprobación duraron un buen rato.

El Presidente comprendió el buen efecto que el discurso de la defensa había causado y se propuso contrarrestar aquellas impresiones.

Su resumen fué una nueva acusación, pues el Magistrado se olvidó de los preceptos justos y terminantes de la Ley y no quiso, o no supo, ser imparcial.

Los letrados que ocupaban los sillones cuchicheaban entre sí, censurando aquella actitud del Presidente, pero éste no se apartaba de su camino.

Entonces el defensor con gran energía, en un viril arranque, interrumpió a la Presidencia y protestó de aquellos apasionamientos.

La campanilla volvió a sonar y se amenazó a la defensa con medidas rigurosas si volvía a interrumpir, mas no hubo caso, pues el Presidente se amoldó a los preceptos de la Ley.

El Jurado se retiró a deliberar y era casi de noche cuando volvieron con el veredicto. Hubo que traer candelabros y en-

cender las velas, para que el acuerdo pudiera leerse. Lo hizo un Capitán retirado, que por haber ejercido el cargo de Juez de hecho muchas veces, les pareció de perlas a sus compañeros para que los presidiese.

Un imponente silencio reinaba en la Sala.

El veredicto era de culpabilidad. Se apreciaba el asesinato, estimando también la premeditación y se determinaba como autor del delito a Salvador López.

Hubo protestas en el público. Algunos de los abogados esponían con calor sus opiniones y el defensor sin poderse contener dijo en voz baja, a uno de los Jurados que tenía cerca:

—¡Y a esto le llamáis justicia! ¡Hace dos días echábais a la calle a un parricida porque le protegía un cacique y hoy condenáis a muerte a un hombre honrado, porque ese hombre es inocente! ¡Vaya unas conciencias elásticas!

Los Magistrados se retiraron a dictar sentencia y no se apercibieron bien de estos desahogos ni de la actitud del público.

Media hora después el Ponente leía su

fallo condenando a Salvador López a la pena de muerte en garrote.

La justicia humana no es infalible.

El hombre debe tener todas sus esperanzas en la Justicia divina.



## XVI

### Gestionando el indulto

**N**INGÚN vecino de Villanieves, incluso el Médico titular, sabía ciertamente qué dolencia era la que padecía el Padre Francisco.

Pero se iba quedando en los huesos, su cabeza veíase cubierta de canas, encorvaba su cuerpo y apenas si se le veía salir de su casa o de su templo.

Los más consideraban que estaba apesadumbrado por la desgracia que hizo su víctima al novio de su hermana, al pobre Salvaorillo por quien tanto se interesó siempre.

Los que esto decían no iban del todo

descaminados, pero ya sabemos cuál era la preocupación del virtuoso sacerdote.

Aquel secreto de confesión que confiaron a su Ministerio, le pesaba como losa de plomo y no hallaba solución alguna.

Desaparecido de España don Luis Ramírez de Córdoba, no podía siquiera abrigar la ilusión, de que, abrumado por los remordimientos, declarase su crimen y salvara al acusado inocente.

Los días que duró la vista de la causa fueron siglos de tormento para aquel temperamento bondadoso.

No creía que hubiese sentencia condenatoria y cuál sería su sorpresa, al decirle que Salvaorillo estaba condenado a muerte.

Procuraba prestar consuelo a su hermana Maruja y era él quien más lo necesitaba.

La causa, no sólo por haber entablado recurso de casación, por infracción de Ley y por quebrantamiento de forma, el abogado defensor, sino por estar así mandado para los procesos de pena capital, se remitió por la Audiencia al Tribunal Supremo, y el padre del acusado hizo un viaje a Madrid para designar un buen ju-

risconsulto que se encargase del asunto. Perdió el tiempo y el dinero porque el recurso no prosperó.

En el veredicto los hechos que se declaraban probados estaban de conformidad con los artículos aplicados del Código Penal.

Villanieves había perdido su aspecto de alegría. Todos los vecinos se sentían abatidos.

Por la noche el Padre Francisco rezaba una parte de rosario porque la ejecución no se llevase a cabo, y a rezarla acudía todo el pueblo, hombres y mujeres.

No hablaban de otra cosa, ni se pensaba en Villanieves más que en la sentencia cuyo cumplimiento se aproximaba. Por su parte el defensor don José Velázquez había ido a Madrid tres veces a gestionar el indulto. Visitó al Ministro de Gracia y Justicia, al Presidente del Consejo y a los Jefes de Minorías; pero sus impresiones no fueron muy optimistas.

En el período de un mes se habían cometido varios asesinatos, la Prensa ponía el grito en el cielo sobre el aumento de criminalidad, y en el Senado se había oído la palabra de un padre de la patria censu-

rando la frecuencia con que en la «Gaceta» aparecían indultos de pena de muerte.

En la capital de la provincia tampoco se perdía el tiempo. El señor Obispo había congregado a las personas de más valimiento, incluso a las autoridades, y una bien redactada súplica, con la firma de todos, hallábase camino de la Corte. No dejaban de ir y venir telegramas y telefonemas, y la Junta de señoras compuesta de aristocráticas damas había escrito a Su Majestad la Reina y a la Infanta doña Isabel, implorando piedad para el reo.

Pero los días iban pasando y nada concreto se ofrecía. Las contestaciones de los políticos eran formularias sin encerrar grandes esperanzas.

Algún indiscreto empleado de la Audiencia había dejado correr la noticia de que la ejecución no se llevaría a cabo en Villanieves, ni en Agua-hermosa, sino en la capital de la provincia; que el verdugo de Granada estaba avisado y que entre el Presidente de la Audiencia Provincial y el de la Territorial mediaban urgentes telegramas para convenir el día.

## XVII

### Visita no esperada

**N**o suelen las cárceles de España ser modelos de establecimientos penitenciarios, aunque no dejen de existir excepciones.

La cárcel de la capital de la Provincia a que Villanieves pertenecía, era de lo más detestable que se puede pensar.

Se trataba de un edificio cuadrado, viejo, sombrío, sin ventilación y donde las reglas de higiene no hallaron jamás asilo, ni preocuparon al arquitecto que lo edificó o debió olvidarlas al hacer los planos, como se olvidó otro compañero de fijar la escalera en una casa de dos pisos.

Un patio sucio y mal empedrado daba

entrada a los salas donde dormían los reclusos, que nunca mejor merecieron el nombre de cuadras, pues más parecían destinadas a bestias que a hombres. Hasta las argollas que se veían en las paredes ayudaban a esta creencia. Estaban empedradas algunas y otras con ladrillos antiguos de canto, hechos pedazos. De los calabozos húmedos, oscuros y mal olientes, es más oportuno no ocuparse.

Separada del patio por una puerta grande y con acceso también al zaguán, había una habitación utilizada para almacenar muebles rotos, cadenas, grillos, ollas de rancho y otros efectos de la prisión.

Esta venía siendo desde hacía dos años la habitación que se habilitaba para capilla, pues la que debía servir a esos tristes fines era usada una parte para presos que abonan sus estancias y la otra para enfermería, separadas por un tabique.

Notaron los presos que cierta mañana los vigilantes empezaron a desocupar la sala, y con fundamento supusieron que llegaba la hora triste para su compañero. La nueva trascendió a la calle y llegó a Villanieves, haciendo que se pusieran en camino el Padre Francisco, apesar de to-

das sus dolencias físicas y morales, el padre de Salvaorillo y algunos amigos de este.

El Padre Francisco se hospedaba en la casa de un coadjutor de la parroquia de Santa María, compañero suyo de Seminario y persona que le era muy querida.

Serían las doce del día cuando los dos sacerdotes conversaban sobre el asunto objeto de su preocupación, cuando entró la criada, una vieja desgredada y fea, de voz aguardentosa y modales ordinarios, diciendo:

—Señorito, en el portal hay un caballero muy peripuesto que pregunta por el Padre Francisco.

—¿Por mí?

—Por osté. Yo, por si no tenía ganas de vesita, he dicho que no sé si estaba o no estaba. ¿Hice bien?

—Perfectamente. Dile que pase.

El otro sacerdote se retiró.

—¿Quién será? ¡Es raro que me busquen aquí!

Así se preguntaba el Padre Francisco, cuando vió en el umbral de la puerta la figura aristocrática de don Luis Ramírez de Córdoba.

Al verlo, elevó los ojos al cielo y exclamó:

—¡Dios de bondad, bien hice en confiar en tí!

Don Luis cerró la puerta, se convenció de que estaban los dos solos y avanzó hacia el Cura, arrodillándose a sus pies y cubriendo de besos su mano.

El padre Francisco le alzó, le obligó a sentarse en un sofá que estaba cercano y exclamó:

—¡Si viera usted cuánto he pedido a Dios poder verle! ¡Cómo le he buscado por todas partes!

—Dios y mi conciencia me traen.

—Tengo tantas cosas que decirle...

—Déjeme primero que le abra mi corazón y pueda conocerle y conocerme. No soy en este instante el penitente que fué absuelto de su grande culpa, soy el hombre honrado que viene a cumplir un deber, pase lo que pase, sufra lo que sufra.

—¡Justicia de Dios!

—A los pocos días de abandonar aquel pueblo, a donde un infernal pensamiento me llevó, nos embarcamos en el puerto de Cádiz para Cuba. De allí pasamos a San-



to Domingo y me consideré seguro de las pesquisas de la policía y de la curia. Usábamos nombre supuesto y nadie en aquella tierra nos conocía. Pero, en cambio, el remordimiento iba agigantándose dentro de mí, apoderándose de todo mi ser. No tenía momento tranquilo, ni sueño prolongado, ni placer alguno. El fantasma de mi crimen me amenazaba de noche y de día. Al cerrar los ojos una sombra ensangrentada, unos ojos abiertos y una voz doliente me hacían incorporarme en el lecho. Buscaba en el campo un momento de distracción y surgía el pinar de Villanieves y aquel hombre muerto, siempre delante de mí. ¡Qué existencia más horrible!

—Lo comprendo, hijo mío. Yo también he sufrido mucho sin haber delinquido.

—¡Usted es un santo!

—No, soy un miserable pecador, también sujeto a las miserias de la vida.

—Un impulso extraño, misterioso, me llevaba a buscar los periódicos españoles, y una tarde, que no he de olvidarla, leí la vista del proceso, la acusación y la defensa y, sobre todo, el fallo injusto que condenaba a muerte a un inocente. ¿Qué

debía hacer? ¿Cuáles eran mis deberes? Entré en una iglesia y allí permanecí horas y horas revolviendo ideas, trazando planes, torturando el alma, pensando mucho, tanto, que allí nacieron mis primeras canas. Mas estaba decidido. No había más que un camino y un solo deber que cumplir. La condena, la deshonra, la muerte en el vil cadalso, todo era preferible a ser tan villano que abandonase a ese inocente, todo antes que sujetarse a la cadena de un remordimiento eterno. Para lograr la absolución completa necesitaba una penitencia que usted no me impuso, pero que Dios me dictaba. Era preciso confesar mi delito ante los hombres, como lo confesé ante Dios.

—Sí, sí, es obra divina la que te impulsa.

—El ejemplo que usted me daba ha sido mi fortaleza, mi guía en estos combates interiores. Adivinaba su pena, sus anhelos, sus torturas. ¡Sublime mártir del secreto de confesión, ha debido pasar días horribles, que han dejado sus huellas en ese cuerpo enflaquecido, en ese rostro lleno de arrugas y en esos cabellos de nieve!

—He esperado, y ya ves como no esperaba en vano.

—Es urgente dar término a esta situación. No sólo queda relevado de ese secreto que tanto le pesa y que mis labios le entregaron, sino que yo mismo, con usted o solo, quiero entregarme a la justicia. Recobre ese hombre la libertad y sufra yo el castigo que merezca.

—Tu misma honradez, tu generoso impulso, han de ser motivos para que la pena no sea tan grave, para que el indulto se estime como seguro.

—Nada temo. Nada me importa. Es mi deber y lo arrostro todo. ¡Empiezo a tener paz! ¡Es tan hermoso el bien que voy a hacer! Devolveré la dicha a muchos corazones, a ese infeliz que iba a ser víctima de un error judicial, a su familia, a usted, apóstol de su sacerdocio y digno de un altar, a su hermana, cuyas ilusiones de felicidad destruía. ¡Bendito sea Dios que me ilumina!

De nuevo quiso Luis besar la mano del sacerdote, pero no le dejó arrodillarse.

Tardó la felicidad y tardó la justicia, pero ambas llegaron unidas.



## XVIII

### Buscando la solución

**A** CABABA de terminarse la vista de un juicio oral, un proceso de escasa importancia y el Presidente se ocupaba en firmar unos autos de cierta urgencia que un Oficial de Sala le presentaba, cuando el anciano ugier Mena, apodado «Seis ojos» por las dobles gafas que tenía precisión de usar, se acercó a la mesa y dijo:

—Señor Presidente, un sacerdote y un caballero desean hablar con usted.

—Que esperen en el cuarto de togas.

El Ugier dejó en esta habitación, que estaba rodeada de las taquillas donde los Magistrados y Fiscales depositaban las

bolsas de sus togas, birretes, medallas y placas, a los visitantes que no eran otros que el Padre Francisco y Ramírez de Córdoba.

El mueblaje no podía ser más sencillo ni más escaso. Una mesa y cuatro butacas, dos de las cuales ocuparon los recién llegados.

No se hizo esperar el Presidente.

Tenía éste funcionario un aspecto venerable, que despertaba respeto y simpatía.

Alto, algo grueso y de ojos expresivos, barba blanca recortada y bondadosa sonrisa.

Conocía al Padre Francisco y éste le presentó a su acompañante.

El Cura tomó la palabra.

—Un asunto gravísimo nos trae a verle. Algo inesperado ha de oír que ha de ser solución del asunto judicial que más le preocupa.

El Magistrado añadió:

—Supongo que se trata de la causa de Villanieves.

—Exactamente.

—Mal asunto es y de solución difícil.

—Acaso no lo sea.

El Padre Francisco refirió con detalles todo cuanto sabía. Nada omitió, porque nada debía omitir, ya que se le autorizaba para ello.

El Presidente no disimulaba su asombro. Empezó por admirar la grandeza de aquel sacerdote y acabó comprendiendo la honradez del que se presentaba a que le juzgasen como reo de un delito tan grave.

La conferencia fué larga y al final de ella asistió el Fiscal, llamado por el Presidente.

Ramírez de Córdoba quedó constituido en prisión.

Horas después se extendían largos telegramas dirigidos al Ministro de Gracia y Justicia y Fiscal del Tribunal Supremo.

Era un caso excepcional y de importancia, que había de ser objeto de gran atención.





## XIX

### El nuevo fallo

Como era de esperar, el proceso fué objeto de una revisión. La curiosidad pública se había despertado en toda España y a este error judicial dedicaba la Prensa profesional largos artículos y los diarios de más circulación extensas reseñas.

El Jurado no salía muy bien de los comentarios. El Presidente de Sala que presidió aquella vista y sobre cuya parcialidad se escribió bastante, fué trasladado a una Audiencia de Galicia.

Los nuevos debates los presidió el mismo Presidente de la Audiencia, que dicho en verdad sea, miraba con benevolencia al nuevo acusado.

Hasta el mismo Fiscal aparecía desconocido.

Desaparecieron sus altiveces y se limitó a exponer lo más preciso, sin exageraciones de acusación.

La prueba no resultó contraria a la declaración de Ramírez.

El Fiscal aceptó, no sólo que hubo lucha sino que el procesado obró con arrebato, impulsándole la venganza de una ofensa.

Contagiados los Jueces de hecho por aquella atmósfera de benevolencia, no tuvieron reparo en aceptar las atenuantes que creyeron oportunas.

El hecho quedó reducido a un delito de homicidio simple, con dos circunstancias de atenuación y ninguna agravante. Ramírez de Córdoba fué condenado a ocho años y un día de prisión correccional.

Salvaorillo, que ya estaba en libertad, quedó absuelto y la opinión pública satisfecha hasta cierto punto, pues los más hubiesen deseado una absolucíon general.

## XX

### EPÍLOGO

**P**ASARON algunos años y las influencias de las buenas amistades que Ramírez de Córdoba tenía, consiguieron su indulto, que había sido favorablemente informado por la Audiencia y hasta por el padre del interfecto.

Maruja llegó a casarse con Salvaorillo, y el nuevo matrimonio se extasiaba haciendo caricias a dos gruesos y saludables retoños que Dios les había dado. En aquella casa todo era dicha, parte de la cual contagiaba a veces al anciano don Carlos Hernández de Soto, que había sido padrino del mayor de los chicos y que olvidaba sus penas en aquel lugar bendito.

Las amistades del que fué su abogado, el señor Velázquez, le consiguieron a Salvaorillo la vara de alcalde del pueblo y por cierto que desempeñaba el cargo con actividad y honradez.

El Padre Francisco merece párrafo aparte.

Enterado el señor Obispo de la diócesis de todo lo ocurrido y de las bondades de aquel sacerdote modelo que tenía conciencia de sus deberes, lo propuso para uno de los curatos mejores de la provincia, pero el Padre Francisco solicitó una entrevista y con lágrimas en los ojos le pidió que no lo trasladase de Villanieves, pues allí tenía sus afectos, sus pobres, su iglesia y hasta preparado un rinconcito, rodeado de flores, en el cementerio, para dormir el sueño eterno. No aspiraba a más y con eso era feliz.

El señor Obispo se enterneció y dándole su bendición le dijo:

—¡Que Dios le bendiga como yo le bendigo!

Fin de «EL PÁRROCO DE VILLANIEVES».



## Patronato Social

### de Buenas Lecturas

#### PATRONATO FUNDADOR

*Excmo. Sr. Marqués de Comillas—Excmo Sr. Marqués de Cerralbo. (R. I. P.)—Excmo. Sr. D. Juan Vázquez de Mella.*

*Excmo. Sr. Conde de Villafreries.*

*Excmo. Sr. Marqués de Camps.—Excmo. Sr. Conde de Bernat.*

---

Director: D. José Ignacio S. de Urbina.

---

#### FUNDADORES HONORARIOS

Ilmo. Sr. D. Alejandro Bezanilla.

Excma. Sra. D.<sup>a</sup> Amalia de Aresti, Viuda de Basterra.

Excma. Sra. D.<sup>a</sup> Ana Girona Sanllehy.

Excmo. e Ilmo. Sr. D. Andrés Machado, Obispo de Guayaquil.

Sra. D.<sup>a</sup> Angela Cologan de Estanga.

Sra. D.<sup>a</sup> Angela D. de Rovera.

Sr. Lcdo. D. Angel Cimbrón.

Rvdo. P. Fr. Angel Urbina de Aurre.

Excmo. e Ilmo. Sr. D. Antonio Adolfo Pérez de Agullar, Arzobispo del Salvador.

Sr. D. Antonio Cantos y Guerrero.

Sr. D. Antonio Elósegui.

Ilmo. Sr. D. Antonio López Dóriga y López Dóriga.

Sr. D. Antonio Luis Cacho Ruiz de Villa.

Sr. D. Antonio Matute.

Sr. D. Antonio Pons Guerau.

Sr. D. Antonio Salgado.  
 Sra. D.<sup>a</sup> Avelina Gibert, Viuda de Busanya.  
 Excmo. Sr. Barón de Quadras.  
 Sr. D. Benjamín Osorno.  
 Sr. D. Benjamín Tena Colom.  
 Sra. D.<sup>a</sup> Cándida Carbonell, Viuda de Merle.  
 Emmo. Sr. Cardenal Benlloch y Vivó, Arzobispo de Bur-  
 gos.  
 Sr. D. Carlos Landero.  
 Sr. D. Carlos Lecuóna.  
 Sra. D.<sup>a</sup> Carlota Rusiano de Gaggero.  
 Sra. D.<sup>a</sup> Carmen Mons, Viuda de Cabrero.  
 Sr. D. Cecilio Granada de Pujadas.  
 Sr. D. Cesáreo de Garay.  
 Sr. D. Clemente Zaldo.  
 Sra. D.<sup>a</sup> Concepción Escobedo.  
 Excmo. Sr. Conde de Aresti.  
 Excmo. Sr. Conde de Figols.  
 Excmo. Sr. Conde de Güell y de San Pedro de Ruiseñada.  
 Excmo. Sr. Conde de Ibar.  
 Excmo. Sr. Conde de Mieres.  
 Excmo. Sr. Conde de Villafuertes.  
 Excmo. Sra. Condesa, Viuda de Güell.  
 Sr. D. Conancio de Vildósola.  
 Sr. D. Cristóbal Jaraquemada.  
 Srta. Delfina Bonet y de Madrid-Dávila.  
 Sra. D.<sup>a</sup> Dolores Sánchez, Viuda de Goicolea.  
 Sr. D. Eduardo Correa.  
 Sr. D. Eduardo Heredia.  
 Excmo. e Ilmo. Sr. D. Eduardo Maldonado Calvo, Obis-  
 po de Tunja.  
 Sra. D.<sup>a</sup> Elvira Rabassa, Viuda de Villavecchia.  
 Excmo. e Ilmo. Sr. D. Emeterio Valverde Téllez, Obispo  
 de León (Méjico).  
 Sra. D.<sup>a</sup> Encarnación Herrero de la Riva.  
 Sr. D. Enrique Comas.  
 Excmo. e Ilmo. Sr. D. Enrique Sánchez Paredes, Arzo-  
 bispo de Puebla.  
 M. I. Sr. D. Enrique Visca Caviglia.  
 Sr. D. Esteban Ondarra.  
 Sr. D. Eugenio Alejandro Cardini.  
 Sr. D. Eusebio Giraldo Crespo.  
 Sra. D.<sup>a</sup> Eustoquia Pérez de Ciriza.  
 Sr. D. Felipe de Oteiza e Iriarte.  
 Sr. D. Felipe Yurrita.  
 Sra. D.<sup>a</sup> Felisa de Valderrama, Viuda de Alvear.  
 Sr. D. Félix Ortiz y San Pelayo.  
 Sr. D. Fermín Roca y Coma.  
 Sra. D.<sup>a</sup> Fermína Amil y Martelo.  
 Ilmo. Sr. D. Fernando Aguilar.  
 M. I. Sr. D. Fernando Lequerica, Canónigo.  
 Excmo. e Ilmo. Sr. D. Fidel Olivas Escudero, Obispo de  
 Ayacucho (Perú).  
 Sr. D. Fortunato del Río.  
 Sr. D. Francisco Fernández del Valle.  
 Sr. D. Francisco Mendiluce.

Sr. D. Francisco Pingarrón.  
Sr. D. Francisco Sanjuan Aguilera.  
Sr. D. Gaspar Díaz.  
Sr. D. Ignacio L. Vallarta Bustos.  
Excmo. e Ilmo. Sr. D. Ignacio Placencia y Moreira, Obispo de Tehantepec.  
Excmo. e Ilmo. Sr. D. Ignacio Valdespino y Guía, Obispo de Aguascalientes.  
Ilmo. Sr. D. Ignacio de Ventós-Mir.  
Sra. D.<sup>a</sup> Isabel Amarelle Rodríguez.  
Excmo. Sr. D. Isidro Benito Lapeña.  
Sr. D. J. Anatolio Díaz.  
Rvdo. Sr. D. J. Antonio de la Bárcena.  
Sr. D. Jaime Perxés.  
Sr. D. Joaquín Cortina Rincón.  
Sr. D. Joaquín Marfá.  
Sr. D. José Brier y Casabuena.  
Sr. D. José Foradada Basteras.  
Sr. D. José Manuel Restrepo.  
Sr. D. José M.<sup>a</sup> Miranda.  
Sr. D. José M.<sup>a</sup> de Pobes.  
Sr. D. José M.<sup>a</sup> Ubarrechena.  
Excmo. e Ilmo. Sr. D. José Mora y del Río, Arzobispo de México.  
Sr. D. José P. Arsuaga.  
Excmo. Sr. D. José Tartiere, Conde de Santa Bárbara de Lugones.  
Sr. D. José de Villa.  
Sr. D. Juan Aguiló.  
Sr. D. Juan Antonio de Obeso y Huidobro.  
Excmo. e Ilmo. Sr. D. Juan Herrera Píña, Arzobispo de Linares (Méjico).  
Sr. D. Juan J. Epelde.  
Sr. D. Juan Masferrer Rierola.  
Sr. D. Juan Reyes Ruiz.  
Sr. D. Juan Sánchez Matute.  
Sra. D.<sup>a</sup> Juana Arce de Domínguez.  
Srtas. Juana y Rosa Quintiana.  
Sr. D. Leocadio de Olavarria.  
Sr. D. Leopoldo de Cortines.  
Sr. D. Leopoldo Poggio y Alvarez.  
Excmo. e Ilmo. Sr. D. Leopoldo Ruiz, Arzobispo de Michoacan (Méjico).  
Sr. D. Lino de Santu y Urquiza.  
Sr. D. Lope Olarte.  
Sra. D.<sup>a</sup> Loreto Sanchiz Navarro.  
Sra. D.<sup>a</sup> Lucía Bilbao, Viuda de Gil.  
Sra. D.<sup>a</sup> Lucinda Valcarce.  
Sr. D. Luis Alesán Nogués.  
Sr. D. Luis Azcué y Mancera.  
Sr. D. Luis Aruej.  
Sr. D. Luis Crespo.  
Sr. D. Luis G. Albera.  
Sr. D. Luis M. Vidal.  
Sr. D. Luis de Olaso.  
Sra. D.<sup>a</sup> Luisa de Alday e Icabalceta.

Sr. D. Manuel Barandiarán Olazarri.  
Sr. D. Manuel Azpeitia, Obispo de Tepic.  
Excmo. e Ilmo. Sr. D. Manuel Fulcheri y Pietra Santa  
Obispo de Cuernavaca.  
Sra. D.<sup>a</sup> Manuela Sainz de Rozas.  
Sra. D.<sup>a</sup> María de los Angeles Pérez.  
Sra. D.<sup>a</sup> María Bahamonde, Viuda de Bahamonde.  
Sra. D.<sup>a</sup> María Barrueta, Viuda de Mendizábal.  
Sra. D.<sup>a</sup> María Campos, Viuda de Darnande.  
Sra. D.<sup>a</sup> María Elisa Icaza.  
Sra. D.<sup>a</sup> María Luisa Carrascal, Viuda de Buzo.  
Sra. D.<sup>a</sup> María Parra, viuda de Maconzet.  
Sra. D.<sup>a</sup> María del Pilar Latorre.  
Srta. María del Pilar Rovera.  
Sra. D.<sup>a</sup> María Tomás, Viuda de Margenat.  
Excmo. Sr. Marqués de Ballestar.  
Excmo. Sr. Marqués de Donadio.  
Excmo. Sr. Marqués de Salvatierra.  
Excmo. Sr. Marqués de Vessolla.  
Excmo. Sra. Marquesa de Hoyos.  
Sra. D.<sup>a</sup> Matilde Galvez de Cermeño.  
Sra. D.<sup>a</sup> Matilde Izquierdo y Ruiz de Ortega.  
Sra. D.<sup>a</sup> Maximina Mandaluniz.  
Sra. D.<sup>a</sup> Mercedes Herrera, viuda de Alberola.  
Sr. D. Miguel Mendaza y Fernández de Viana.  
Sr. D. Miguel Zaldivar Flores.  
Sr. D. Narciso Noreas Salgado.  
Sra. D.<sup>a</sup> Nicanora Altube, Viuda de Elorza.  
Sr. D. Nicolás Dehesa Moene.  
Sra. D.<sup>a</sup> Otilia Calderón.  
Sr. D. Pablo Echeverría.  
Sra. D.<sup>a</sup> Pilar Cortiguera.  
Ilmo. Sr. D. Rafael Canale Oberti, Obispo electo de Arin-  
dela.  
Sr. D. Rafael Machuca Moreno.  
Sr. D. Rafael Velázquez Velez.  
Sra. D.<sup>a</sup> Rafaela García, Viuda de Ponte.  
Sra. D.<sup>a</sup> Rafaela Zorita Belloso.  
Excmo. Sr. D. Ramón de Ibarra.  
Sr. D. Ramón Marañón Mardones.  
Sr. D. Ramón Zubizarreta.  
Sra. D.<sup>a</sup> Ramona Soler, Viuda de Minguell.  
Sra. D.<sup>a</sup> Refugio G., Viuda de Llano.  
Sr. D. Remigio López y Téllez de Cepeda.  
Excmo. e Ilmo. Sr. Dr. D. Rigoberto Domenech, Obispo  
de Mallorca-Ibiza.  
Rvdo. Sr. D. Salvador F. Revelo, Presbítero.  
Srta. Santana Rovera.  
Sra. D.<sup>a</sup> Socorro Sánchez, Viuda de García.  
Sra. D.<sup>a</sup> Sofía de Arana y Manso de Zañiga, Viuda de Or-  
tiz de la Riva.  
Sra. D.<sup>a</sup> Teresa Mensa, Viuda de Riu.  
Sr. D. Timoteo Ibarra y Sota.  
Sr. D. Tomás García Acebes.  
Sr. D. Ulpiano Nagore.  
Sr. D. Valentín Salmonte.



Sr. D. Veremundo García Marien.

Excmo. e Ilmo. Sr. D. Vicente Castellanos, Obispo de Tlaxiaco.

Sr. D. Vicente Ferreira.

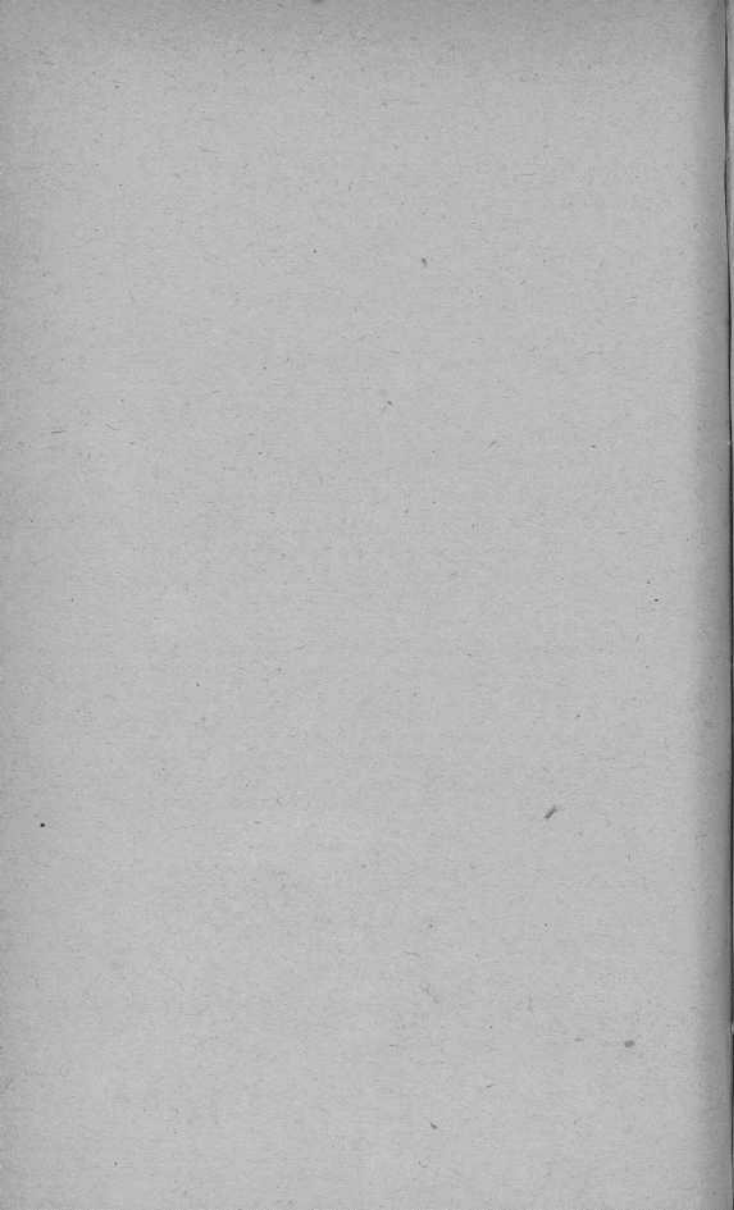
Sr. D. Vicente de Urigüen y Anáotegui.

Srta. D.<sup>a</sup> Victoria Aneiros Aneiros.

Excma. Sra. Viuda de Victor Chavarri.

Excmo. Sr. Vizconde de San Enrique.

(Continuará).



ALGUNAS OPINIONES

Referentes a la «Biblioteca PATRIA»

Y AL

Patronato Social de Buenas Lecturas <sup>(1)</sup>

---

Para que el público pueda hacerse cargo de su alcance social y patriótico, extractamos aquí algunas opiniones referentes á las obras del PATRONATO.

El pensamiento de la fundación me parece altamente saludable y patriótico y por eso creo que estamos en el deber de ayudarle, en la medida de las fuerzas de cada uno, cuantos en España sentimos verdadero amor al pueblo y deploramos amargamente la falsa dirección que hoy se da a su desapercibida inteligencia con las *lecturas baratas* que se usan, lecturas en que todo se corrompe y pervierte a la vez: la fe, la moral, las costumbres y la lengua patria.—*José María de Pereda.*

En la época que alcanzamos los llamaré (a los propósitos de la BIBLIOTECA) necesarios y benéficos para combatir las insanas lecturas que han de desmoralizar al pueblo; los llamaré un complemento utilísimo de los Juegos

---

(1) Extractadas de cartas y otros documentos dirigidos al iniciador y fundador de estas obras, e incluidas aquí por el orden de fechas de recepción.

florales en que se depura el gusto literario, merced al fallo de mantenedores apasionados de lo bueno y de lo bello.  
—*Juan Fastenrath.*

Aplaudo de todo corazón los sanos fines en que se inspiran los fundadores de la utilísima BIBLIOTECA PATRIA.—*Marcellino Menéndez Pelayo.*

Juzgo esa BIBLIOTECA muy beneficiosa para la cultura nacional.—*Francisco Silvela.*

Me inspira viva simpatía el noble propósito que ustedes tienen de moralizar nuestra novela.—*Armando Palacio Valdés.*

Abundo en las ideas que sustenta la BIBLIOTECA PATRIA, estoy enteramente conforme con sus elevadas miras y hago votos por el éxito que merece la patriótica obra a que se dedica.—*El Duque de Rivas.*

Me parece admirable el proyecto de Vds. y aplaudo con ambas manos sus novelas.—*Manuel Polo y Peyrolón.*

La BIBLIOTECA PATRIA por su ya larga historia y por su limpia y cristiana tradición, merece mi más ferviente simpatía.—*Ricardo León.*

El novelista, el dramaturgo, el escritor cualquiera que no repara en medios y no reconoce en su camino vallas ni óbice alguno de orden moral para satisfacer las ansias de su codicia y los estímulos de mundana gloria, tiene muchas más probabilidades para conseguir fortuna y honores que aquel otro que sigue la senda trazada por la ordenación divina, sin separarse a derecha ni izquierda.

Estas razones y otras más que omitimos por no ser menos óbvias, tuvo indudablemente en consideración el PATRONATO SOCIAL DE BUENAS LECTURAS al fundar la BIBLIOTECA PATRIA DE OBRAS PREMIADAS, una de sus instituciones más gloriosas, que dió ya al mercado literario más de un centenar de primorosos libros sin las ñe-

es que aunque respetables por su intención, hacen ineficaz a la producción literaria llamada blanca para combatir las naturalistas y obscenas.—*Antolln López Peldex*, Arzobispo de Tarragona.

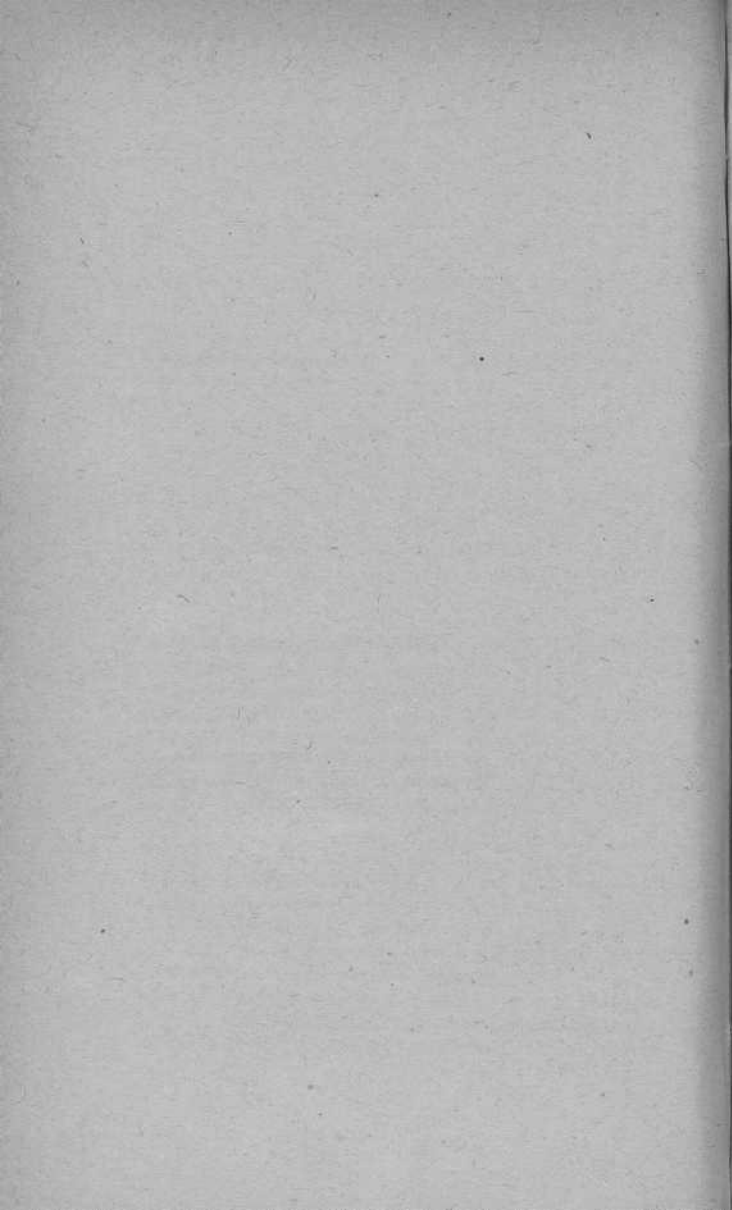
BIBLIOTECA PATRIA es el hogar de los novelistas honrados.—*Fr. P. Fabo*.

Es muy antigua mi convicción de que la cultura no consiste en divulgar los conocimientos más elementales, sino en preocuparse de que los entendimientos nacidos o despertados a la luz de las letras, encuentren lecturas dignas en que ejercitar el entendimiento. La obra del PATRONATO SOCIAL DE BUENAS LECTURAS acude en buena parte a esta necesidad; y en tal concepto suscribo los elogios que antes que yo formularan autoridades como Menéndez y Pelayo, Pereda, Silvela y León.—*Antonio Maura*.

El PATRONATO SOCIAL DE BUENAS LECTURAS y la BIBLIOTECA PATRIA cumplen aquel gran deber que pesa sobre todos, más en estos tiempos que en ningunos y que formulaba gráficamente Balme en esta frase: «ahogar el mal con la abundancia del bien».—*Juan Vazquez de Mella*

Considero de una gran trascendencia social la publicación de esas Bibliotecas, cuya utilidad es evidente, por que merced a ellas, se logra la difusión de las buenas doctrinas en las masas populares; y felicito efusivamente a las personalidades que constituyen el Patronato Fundador de estas publicaciones.—*Eduardo Dato*.

Admirador entusiasta de la labor ingente que ese PATRONATO ha venido desenvolviendo en el saneamiento moral de las distintas clases sociales en sus diversas publicaciones y especialmente de las clases más necesitadas por medio de la *Biblioteca de Cultura Popular*, deseo que, con la protección manifiesta de la divina Providencia, continúe y se acreciente la marcha próspera de esa importantísima obra social, siguiéndose de ella resultados más copiosos y benéficos cada día.—*El Cardenal Guisasola y Menéndez*.



# Obra Social

DE LOS

## PREMIOS PERSONALES

---

El mercantilismo literario moderno parece inspirado por el espíritu satánico de la Revolución cosmopolita. En España, como en el extranjero, ha suscitado este mercantilismo una confusión de ideas respecto a los principios más esenciales para la salud de los pueblos, merced a la cual medran y se enriquecen empresas editoras que han hecho tabla rasa de la dignidad del escritor, de los sentimientos religiosos del pueblo, de la honestidad, que fue siempre patrimonio de las almas privilegiadas, de la honradez de la masa social, en una palabra, de todo el sentido ético, inspirador de la grande, de la gloriosa literatura española.

Con pretextos de resurgimiento o renacimiento de nuestra literatura, ven la luz Bibliotecas en las cuales, con promiscuidad escandalosa, se publican libros de autores católicos de la mayor ortodoxia al lado de los más procaces y criminales engendros de una inspiración demmentada y pestilente que bajo el nombre de *naturalismo* encubre la más punible inmoralidad con que escritores sin pudor tratan de corromper a la juventud excitando sus pasiones, envileciéndola e inhabilitándola por tanto para la lucha por los grandes ideales.

¿Qué razón puede explicar esta convivencia, en una misma empresa, de escritores que son lustre y decoro de nuestra moderna literatura con los que la vilipendian, revolcándola en el cieno propio de dorados lupanares?

Contestaremos a esta pregunta en forma ruda, pero clara: En la mayoría de los casos, la necesidad, el hambre.

A tal escritor de grandes arrestos que nace a la vida pública sin amparo, sin que le tienda su mano amiga una sociedad expofeso fundada por los buenos para enderezar sus primeros pasos en el difícil camino de la producción literaria, le sale al encuentro el editor sin conciencia que unas veces por ignorancia, otras por maldad, pero siempre inspirado en el mercantilismo imperante, le brinda protección económica. He aquí el lazo hábilmente tendido al joven inexperto, el cual, como en tela de araña, formada por el oro deslumbrador, se verá preso por toda su vida, contribuyendo, mal de su grado, al engrandecimiento económico de una empresa, sembradora de infamias, que repugna a sus sentimientos generosos, a sus ideas religiosas, a su dignidad de escritor. He aquí al moderno siervo de las letras que, sin redención posible, ha de colaborar como compañero en un hogar mismo con los que deshonran al arte poniéndole al servicio de las más bajas concupiscencias.

Y no pidamos a estos escritores esclavos el heroísmo de romper la cadena que a ciertos editores les ata. Bastante harán, si lo hacen, con no vender su conciencia y seguir escribiendo sin renunciar al ideal, que ya esto supone un heroísmo. No perdamos de vista que el bien necesita también ambiente propio y lo humano es caer en la tentación cuando es hostil el medio en que se vive. ¡Cuántos y cuántos habrán claudicado en esta atmósfera en que no ven amplios horizontes económicos sino haciendo de su conciencia una vil mercancía!

Como siempre es el mal engendrador de nuevos males, estos esclavos del editor escéptico, producen otros nuevos esclavos, pues contribuyen con sus obras a enriquecer empresas divulgadoras de errores e inmoralidades que esclavizan y envilecen las almas y destruyen la salud de los cuerpos.

Pero ¿es que la sociedad presente, sobre todo los católicos, pueden presenciar impávidos este inminente peli-



gro que amenaza dejarnos sin lecturas recreativas honestas, más aún, sin escritores libres, conscientes de su misión altísima, sin hábiles sembradores del bien que combatan a nuestro lado por Dios, por la Patria y por esta misma Sociedad que es empujada por tales derroteros a la catástrofe más espantosa?

¿Es que muchos escritores que de buen grado resistirían a las seducciones de tal Editor que no ve en la obra literaria sino una mercancía y en el autor una inteligencia a explotar, han de quedar irredentos, amarrados al duro banco de la empresa explotadora que los trabajará de continuo para que abandonen sus santos ideales y den gusto a la depravación humana que pide obras excitadoras del vicio, esas obras que alcanzan el mayor éxito en los mercados?

Este abandono sería criminal y un estigma de ignominia para las personas honradas que lo consintieran.

Los católicos, es más, las personas decentes, tenemos el deber de redimir a estos modernos esclavos y desecar, en cuanto nos sea posible, esas ciénagas pestilentes de la literatura pornográfica y sicalíptica.

¿Cómo ha de hacerse?

Tenemos una base que puede servirnos a maravilla para realizar el milagro.

De monumento levantado a la sana literatura contemporánea, por la generosidad de muchos católicos españoles, califican cuantos saben pensar alto y sentir hondo, la colección de *Biblioteca PATRIA de obras premiadas*, la cual cuenta hoy afortunadamente con cerca de doscientas obras, que van siendo solicitadas por un público que quiere saborear las lecturas honestas; esas lecturas que—sin las flojeces que, aunque respetables por su intención, hacen ineficaz a la producción literaria llamada blanca para combatir las naturalistas y obscenas—procuran mantenerse en aquel medio artístico que presenta el vicio en su repugnante desnudez y la virtud con aquella simpática y atrayente aureola que la hace amable aun a las inteligencias extraviadas y a los corazones corrompidos. Este medio artístico en que se inspiraron los clásicos, ha hecho triunfar en toda la línea a la *Biblioteca PATRIA*, una de las más preciadas obras del *Patronato Social de Buenas Lecturas*. Porque hay que desengañarse: la procacidad y la desvergüenza están reñidas, cierto,

con el arte verdadero; pero no lo están menos la floñez insulsa y la pueril vacuidad que una crítica simple y pacata quisiera traer a la moderna novela española, la cual con harta razón sería desdeñada por el público español acostumbrado a saborear el arte excelso de nuestros clásicos y de sus seguidores, cada uno de los cuales, bien que ayunos de floñeces, ha sido por lo común un gran moralista.

No ha llegado, sin embargo, esta obra de saneamiento literario al límite de sus aspiraciones. Larga y penosa experiencia ha enseñado a sus fundadores que falta aún mucho camino que andar para el logro de sus santos propósitos.

Arrancar de los hogares esas semillas de depravación con que muchos escritores modernos tratan de prostituir a la juventud, destruyendo a la vez los vínculos de la familia al destruir las costumbres cristianas, no es obra de un día, sino labor de tiempo, labor de libros sanos distribuidos en inmensas ediciones, a ser posible, gratuitas.

No es, por desgracia, en nuestra época de crudo positivismo, suficiente acicate para el artista, siempre generoso, el puro ideal que en otros tiempos le hiciera amar el bien por la belleza y santidad del bien mismo. Hoy, salvo excepciones honrosas, es el éxito económico la musa inspiradora de nuestra juventud literaria. Las sectas anticristianas han herido en la médula hasta ese punto a las sociedades modernas. Preciso es, por consiguiente, subvertir los términos en que el problema parecía estar planteado para nuestros escritores. Necesario es que el éxito esté para ellos en nuestro campo, en el campo de los que aman el bien, de los sustentadores de la verdadera belleza en el arte, en una palabra, en el campo de los católicos. Para ello basta querer. Pero la sociedad presente está atacada de una somnolencia y de una abulia desconsoladoras y los llamados a estas luchas necesitamos despertarla, fortaleciendo de algún modo la enferma voluntad de unos y de otros.

¿Quién ha de hacerlo? Esta es la misión de los elegidos, de los incontaminados, de las personas de acción social, de aquellos católicos y católicas amantes del bien hasta el sacrificio.

¿Cómo ha de hacerse, repetimos?

Una obra bien conocida ya, la *Obra social de los Premios personales*, viene llamando a las puertas de los hombres de buena voluntad y golpeando en ellas con ruido y enérgico toque les grita: Levantad vuestros corazones a la altura de las circunstancias, a la altura que de vosotros demandan las necesidades de la época, para que la sociedad en que vivís se levante también del fango de las concupiscencias en que se ahoga, y en el cual la perversidad de escritores sin pudor quiere que se revuelquen vuestros inocentes hijos. Redimidlos con vuestra generosidad de la atmósfera de cieno pestilente en que se asfixian.

Fundad un *Premio personal*, según el Reglamento de esta institución, para premiar generosamente las mejores obras inspiradas en la moral cristiana, orientación única que eleva y dignifica al verdadero arte literario al par que a los pueblos.

Penetraos del santo fin de la *Obra social de los Premios personales*; identificaos con ella y podréis decir ante Dios y ante los hombres con la conciencia tranquila: «Lejos de poner mi mano como piqueta demoledora sobre la sociedad cristiana, lejos de cruzarme de brazos abandonando con punible indiferencia a mis hermanos ante la ola de cieno que avanza, mi entendimiento, mi voluntad y mis recursos económicos los he puesto al servicio de los que esparcen estas buenas semillas que han de restaurar en el bien la literatura contemporánea. Gracias al **Premio que he fundado** y que otros fundarán a mi ejemplo, el escritor que por instinto ama el bien como ideal del arte, aunque por natural egoísmo humano busque el éxito económico, podrá romper la odiosa cadena que le ata a la casa editorial escéptica, se decidirá a orientar sus obras por el camino de las virtudes, hará correr su pluma por el sendero del bien, inspirará su mente en la moral católica, santo ideal que ha de salvar a las sociedades del abismo abierto ante sus plantas; gracias a mi esfuerzo, el alimento intelectual de mis prójimos,—tal vez el de mis propios hijos,—divulgado, no envilecerá ni prostituirá sus almas».

A obra tan grande y tan acepta a los ojos de Dios os invita el *Patronato Social de Buenas Lecturas*.

Realizadla; y como dice el ilustre autor de *Los daños del libro*, el sabio Prelado tarraconense, apóstol de las

buenas lecturas, refiriéndose al nombre del buen protector de la propaganda católica, «lo recordarán, elogiarán y bendecirán, los entendimientos que su lectura ilumine, los corazones que mueva, las almas que fortifique y alimente.»

---

NOTA.—Todos los católicos que se sientan movidos a la fundación de un Premio de su nombre para el fomento de las buenas lecturas, según el espíritu de esta obra, pueden pedir cuantas noticias deseen, al Director de la misma, oficinas del *Patronato Social de Buenas Lecturas*, Fuencarral, 138, Madrid.

# REGLAMENTO

DE LA

## Obra Social de los Premios Personales

---

### CAPÍTULO I

Objeto de la Obra.—Título.—Fundadores.

Domicilio.

Artículo 1.º Con objeto de combatir y extirpar, si posible fuera, la literatura pornográfica y la sicalíptica que infesta nuestros mercados y lleva a los hogares gérmenes de destrucción de la familia y de envilecimiento de la raza, y para estímulo de los escritores y divulgación de las buenas lecturas, se funda bajo el título de *Obra Social de los Premios Personales*, una institución llamada a ejercer grande influencia cristiana y educadora en la cultura nacional.

Art. 2.º A este propósito la Dirección de la Obra excitará constantemente a las personas que crea obligadas por su honradez y posición económica a ejercer funciones de tutela en la sociedad contemporánea, para que instituyan *Premios personales* con destino a los autores de libros morales y castizos, y a la edición de obras de sanas lecturas, que verán la luz en la *Biblioteca PATRIA de obras premiadas*.

Art. 3.º Serán, pues, *Fundadores* de esta grande obra, contribuyendo a sus altísimos fines, cuantos patriotas y buenos cristianos de ambos sexos deseen que la

producción literaria, genuinamente española, vuelva a correr, libre de toda clase de pestilencias, por sus antiguos cauces, limpia y gloriosa, para honor de España y encumbramiento de la raza.

Art. 4.º Teniendo presente que es un deber de alto patriotismo procurar una estrecha federación de índole moral entre las repúblicas latino-americanas y su antigua metrópoli, podrán ser también Fundadores,—instituyendo *Premios designados con sus nombres*,—cuantas personas residentes en la América latina quieran pertenecer a esta Obra.

Art. 5.º También deberán ser *Fundadores de Premios Personales*, además de las personas de ánimo generoso y levantado, atentas a la necesidad de las buenas lecturas, que elevan a las sociedades y enaltecen a los individuos, las entidades o personas jurídicas—municipios, asociaciones de interés general, bancos, sociedades de crédito, industriales, mercantiles, agrícolas, etc., etc., (con cargo a sus presupuestos de propaganda estas últimas)—que, inspiradas en los mismos elevados principios y sentimientos, deseen fomentar con su concurso estos propósitos moralizadores y patrióticos, obteniendo así las simpatías y el aplauso del público para sus empresas y el mejoramiento y prosperidad de sus negocios.

Art. 6.º Esta Obra establece su domicilio en la calle de Fuencarral, núm. 138, de esta Corte, y en el que pueda tener en el porvenir el *Patronato Social de Buenas Lecturas*, de cuyas excelentes obras forma parte.

## CAPÍTULO II

De los Premios personales.—Sus clases.

Su concesión y destino.

Art. 7.º Toda obra premiada llevará en las cubiertas y en la primera página de sus ediciones, en una *Cartela o cuadro de honor*, el nombre de la persona que haya fundado el premio para que sirva de ejemplo a los buenos cristianos y buenos patriotas, y demuestre a la generación presente y a las venideras, que supo cumplir con su deber social, proveyendo, con elevación de

miras, a la necesidad más perentoria de la época moderna, cual es la protección a los buenos autores y la propagación gratuita de libros morales, para sanear el alimento intelectual de las sociedades modernas que los enemigos de Dios y de la patria envenenan con toda clase de errores corrompiendo las conciencias y envileciendo los espíritus.

Art. 8.<sup>o</sup> Las futuras ediciones de autores premiados *llevarán a perpetuidad en la portada el nombre del Fundador* del premio, aunque sean costeadas por otras personas.

Art. 9.<sup>o</sup> Estos *Premios personales* se destinarán en todo tiempo y en primer término a fomentar las buenas lecturas recreativas, en razón a ser éstas las más buscadas y por ende, las que mayor influencia ejercen en la formación de la conciencia humana y en las costumbres públicas y privadas.

Art. 10. Los premios podrán ser *Perpétuos, Vitalicios y Temporales*.

Art. 11. Los Premios *Perpétuos* no podrán constituirse sino mediante la entrega, en una institución de crédito de la absoluta confianza del Fundador, de un capital cuya renta responda a su importancia. Ejemplo: para constituir un premio anual perpétuo de mil pesetas será necesario imponer en la Caja que el Fundador designe un capital de veinte mil pesetas al cinco por ciento de interés mínimo. En la misma proporción de interés se impondrán los capitales para premios mayores o menores. Cada año se premiará con esta renta al autor del libro que los Censores y el Director de esta obra entiendan lo merece, o en su defecto se editarán o reeditarán obras de sanas lecturas.

Art. 12. Los Premios *a perpetuidad* podrán instituirse desde el día o por disposición testamentaria, consignando en la cláusula de fundación: que el capital ingrese en una determinada institución de crédito; que anualmente esta institución haga entrega de los intereses al Director del *Patronato Social de Buenas Lecturas* y éste a su vez al autor de la obra que la Censura señale. La acumulación de capitales e intereses, podrá servir en su día: 1.<sup>o</sup> para la rescisión de los contratos de autores con empresas no católicas, lo que supone la liberación de estos escritores que ingresarán en el

campo del catolicismo, no prestando más su concurso a empresas demoleadoras de la moralidad pública y del orden social; 2.<sup>o</sup>—y en defecto del primer caso—para editar o reeditar mayor número de obras, llevando éstas al frente, en las portadas y en cartela o cuadro de honor, el nombre del Fundador.

Por la fundación de estos premios perpétuos seguirán realizando sus fundadores un bien social inmenso aun después de su muerte y vivirán con gratitud en la memoria de las generaciones venideras.

Art. 13. Como su nombre indica, se denominarán Premios *Vitalicios* a los que se instituyan para premiar o editar obras buenas durante la vida del Fundador. Estos premios se concederán a los autores según su importancia pecuniaria, anualmente, o cada dos años, si hubiere acumulación (art. 20.)

Art. 14. Se entenderán por Premios *Temporales* aquellos que se funden por uno o varios años para premiar las mejores obras que se presenten cada año por el orden de prelación que se indica en el artículo 21.

Art. 15. Los Premios *Temporales* y los *Vitalicios* podrán ser transformados en Premios *Perpétuos* por disposición testamentaria de sus fundadores. (Arts. 12 y 13.)

Art. 16. Conviene la institución de Premios para la difusión de las buenas lecturas, ante todo, al bien común y asimismo, particularmente, a las empresas industriales, fabriles y comerciales de todas clases, pues, además de ser una acción digna del mayor aplauso que les ha de reportar las simpatías del público, constituyen un gran reclamo para su particular negocio de mayor efecto que ningún otro anuncio.

Art. 17. Agotadas que sean las ediciones de la *Biblioteca PATRIA*, los industriales y comerciantes pueden constituir Premios de la razón social de sus casas con carácter de anuales para asegurarse así, al menos, un reclamo anual de esta especie, que tanto les interesa conservar.

Art. 18. El criterio de justicia que prevalecerá,—dentro de lo que hagan posible las circunstancias,—para la concesión de premios a los autores es el siguiente:

Los premios más importantes se concederán:

1.<sup>o</sup> A la firma más acreditada, cuando se trate de verdadera obra de arte.



2.º A la mejor obra de arte, aunque la firma no esté consagrada por la crítica y el aplauso público.

3.º A las mejores firmas, en igualdad de circunstancias de las obras.

4.º En casos excepcionales y circunstanciales difíciles de prever en un reglamento, la Dirección obrará en términos de prudencia, y siempre con arreglo a los altos intereses de la Obra.

Art. 19. Cuando la firma de un autor sea bien acreditada y merezca la obra un premio mayor que los fundados, porque el número de páginas traspase los límites de la novela corta, por el mérito excepcional del escrito o por cualquier otro título, se podrán acumular dos premios de la misma persona para su concesión. Cuando, a la inversa, no tuviere mérito suficiente alguna obra, podrá dividirse en dos el premio.

Art. 20. Siempre que lo consienta la importancia y valía de las obras a premiar, los premios se concederán a los autores por el orden de prelación en que hayan sido constituidos.

Art. 21. Una vez adjudicados a los autores los Premios Personales o parte de premios que con los elementos hoy disponibles puede discernir la Obra cada año, el remanente de los constituidos se destinará a reediciones de obras agotadas.

### CAPÍTULO III

#### De los Censores de la Obra.—Garantías de los Fundadores.

Art. 22. La índole benéfica y social de esta Obra y su carácter de perpetuidad exigen garantías morales y económicas para los fundadores, que deberán ser satisfechas. Al efecto, y por lo que concierne a la parte moral, esta Obra estará sometida siempre a la autoridad de la Iglesia, nuestra madre y maestra.

Art. 23. El Director de la Obra nombrará Censores literarios, encargados de examinar y aprobar las obras que opten a los premios, y cuando entre éstos no hubiere conformidad respecto al mérito para la concesión

del premio a alguna de ellas, decidirá el voto del Director.

Art. 24. Para evitar compromisos a los Censores y para que en sus veredictos no pesen nunca influencias de ningún género, se reservarán en absoluto sus nombres.

Art. 25. Los Censores literarios cobrarán con cargo al *Patronato Social de Buenas Lecturas*, y como dietas, treinta pesetas por la lectura de cada obra premiada.

Art. 26. No se concederá por los Censores premios menores de 125 pesetas, y ésto cuando se trate de novelas cortas y de autores noveles—que por la sola publicación de sus libros obtengan ya ventaja en su comenzada carrera literaria,—o de meras traducciones en corriente castellano (1).

Art. 27. El fallo de los Censores es inapelable y ningún autor podrá ejercitar derecho alguno contra él.

Art. 28. La Dirección de la *Obra Social de los Premios Personales* deberá remitir en pliego certificado a los fundadores de los Premios el recibo de cada autor, que acredite la entrega de la cantidad consignada, para lo cual se extenderán recibos duplicados, uno con el destino expresado y otro que se archivará en las oficinas del *Patronato Social de Buenas Lecturas*.

Art. 29. Si en el porvenir esta institución dejase de publicar Obras premiadas, por circunstancias ajenas a la voluntad de sus Directores y que no pueden preverse, el

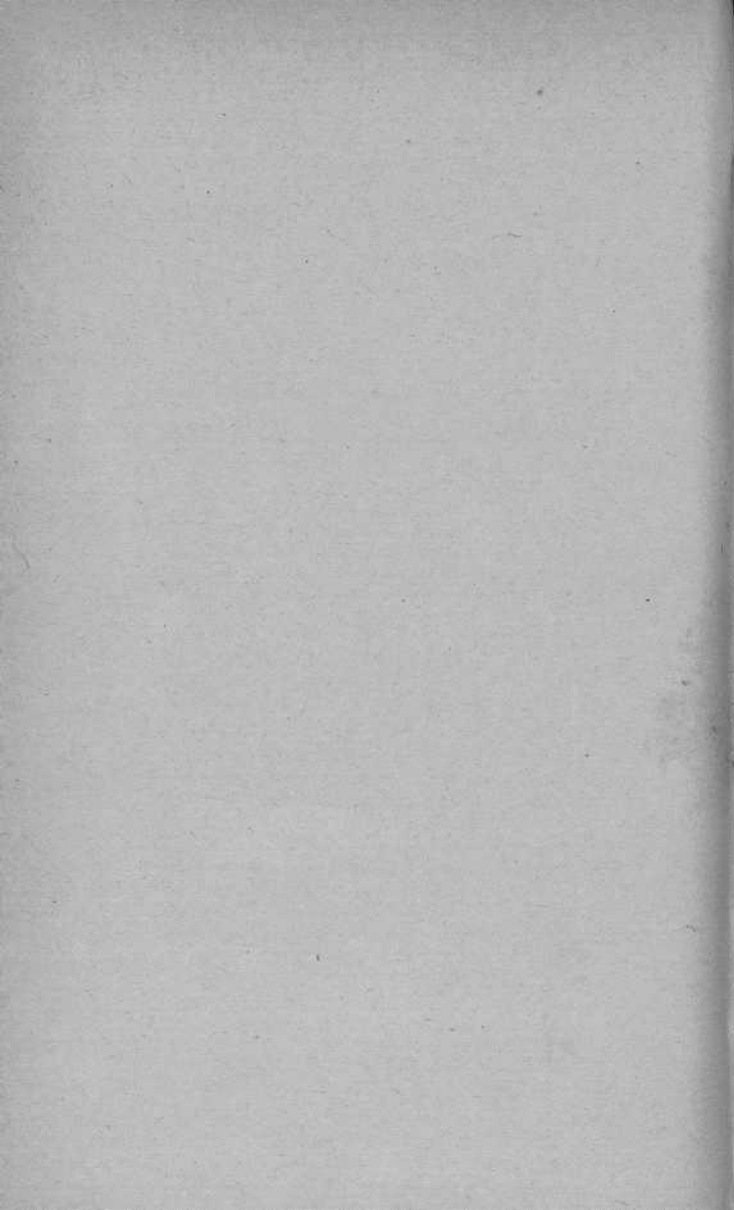
---

(1) Contestamos en este lugar a algún crítico que ha manifestado su extrañeza porque «Biblioteca PATRIA» publica traducciones, no obstante su título, y hacemos constar que así se procede para contrarrestar las malas traducciones que tienden a contrahacer nuestro idioma, ocasionando a la lengua y a la moral pública daños inmensos. El público quiere conocer autores extranjeros; conózcalos enhorabuena, pero morales y vertidos al castellano con el cuidado posible. Sobre todo para nuestros hermanos los lectores de América tiene esa tendencia un valor patriótico imponderable, que repercute en España, porque allí se importan por los enemigos de su independencia, traducciones detestables sobre toda ponderación, con el perverso fin de desnacionalizar o desespañolizar a aquellos países, corrompiendo a la vez que las costumbres, la lengua de sus descubridores. Allí sólo deberían leerse, para su bien, libros españoles de sanas tendencias: más aún, editados en España.—*N. de la D.*

*Patronato Social de Buenas Lecturas* queda obligado a destinar los intereses de los capitales colocados al fomento de obras permanentes de propaganda social, prefiriendo siempre las que hoy publica o pueda publicar el mencionado *Patronato*, y haciendo constar en todas ellas que con esos capitales se han introducido mejoras en sus obras y dejando consignados en las mismas para perpetua memoria, los nombres de sus generosos Fundadores.

Art. 30. Para el caso improbable de que el *Patronato Social de Buenas Lecturas* dejase de publicar sus obras, los Fundadores de los Premios a *perpetuidad* deberán señalar en sus disposiciones testamentarias el destino que haya de dársele al capital de fundación.

Art. 31. En todo tiempo podrá la Dirección del *Patronato Social de Buenas Lecturas* ampliar y modificar estos Estatutos, entendiéndose que sus modificaciones no deberán afectar nunca a la esencia moral de ellos y sólo se harán en el sentido de progreso y en interés del fomento de las buenas lecturas, fin único de estas nobilísimas fundaciones.



## AL QUE LEYERE

---

Tú, amable lector o lectora, a cuyas manos llegue este libro, después de leído medita un rato sobre la siembra de las buenas ideas, de las sanas doctrinas que te propone la *Obra Social de los Premios Personales*; piensa en que tú mismo, cuya posición económica debes á Dios, estás llamado a evitar los tremendos daños que los malos libros causan a tus prójimos; piensa que toda persona de fortuna tiene por su misma riqueza un implícito deber de tutela sobre la sociedad, menor perpétuo; sobre la juventud desapercibida a quien corrompe, enferma y envilece la deshonesto novela, el cuento procax, que con avidez lee a espaldas de los honrados padres. Piensa acerca del deber de los afortunados, de quienes dice lo siguiente un docto catedrático español (1):

«Nada mejor que el empleo (el cómo y el en qué) de la riqueza, pinta al hombre que la posee: a mayor alteza del fin a que se destina, mayor ennoblecimiento del trabajo y del hombre; por ello el rico que hace de su fortuna amparo del necesitado, *medio para la propagación de la cultura y de la moralidad* (cual es nuestro caso), escala para la ascensión de los humildes, instrumento para potencializar las fuerzas de la Patria o para conse-

---

(1) D. Amando Castroviejo, en sus artículos sobre «Mutualidad escolar», *Revista Católica de Cuestiones Sociales*, núm. de Diciembre 1912.

guir grandes y generosas empresas humanitarias adquirir en la pública consideración estima y alabanza que no consigue el egoísta poseedor de inmensas riquezas destinadas a su personal uso, a la satisfacción de goces materiales, tal vez á herir con insolente lujo la pobreza de sus convecinos, si es que no se sirve de esa misma riqueza (don de Dios para el bien) para corromper la virtud o mantener un enjambre de viciosos parásitos aduladores.»

No eres tú, ciertamente, amable lector o lectora, de los últimos, sino de los primeros. Por ello no debes olvidar que puedes, y está en tu mano llenar esa hermosa misión de tutela que Dios ha impuesto a los ricos, —evitando inmensos daños a las almas y a los cuerpos— al dejar tu nombre escrito en libros más duraderos que la piedra y el bronce, en libros bienhechores, en los cuales resplandecerá tu memoria y un santo y altísimo ejemplo de tu vida que han de bendecir e imitar las futuras generaciones. Sembrar las semillas del bien es el bien más alto que puede recoger el hombre generoso y bueno, que sabe honrar a Dios y amar a sus semejantes, pues en él van realizadas las tres primeras obras espirituales de misericordia.

Lee el Reglamento de los *Premios Personales*, y en ese documento verás toda la grandeza de esta Obra. Verás también el modo en que puedes secundarla.

Movido que sea tu corazón por tan noble y generoso impulso, no lo dejes para luego; aprovecha la inspiración del bien que sólo envía Dios a las almas privilegiadas; firma la siguiente Carta provisional de fundación, enviándola al Director de la *Obra Social de los Premios Personales*.

Y, una vez fundado el *Premio de tu nombre*, sentirás la grande satisfacción del deber cumplido: habrás dado un buen ejemplo que imitar a los que tienen mayor fortuna que tú, y habrás esparcido sobre la sociedad las semillas de la moralidad y de la honradez.

LA DIRECCIÓN.



# Obra Social de los Premios Personales

## CARTA PROVISIONAL DE FUNDACIÓN (1)

D..... domiciliado en (2) .....  
..... provincia de ..... calle.....  
núm..... se propone fundar un premio de su nombre de Pes. .... anua-  
les, y para ello ruega a la Dirección de la *Obra Social de los Premios Personales* se sirva remitirle una Carta  
de fundación que llenará y devolverá a esas oficinas, con los detalles oportunos.

*Firma.*

(1) Córtese esta Carta provisional por la línea de puntos, y envíese bajo sobre y franqueado como carta a la calle de Fuencarral, 138, MADRID, a nombre del Director. (2) Los fundadores de América indicarán en carta la República, Departamento, etc., en que tengan sus domicilios.



Srta. Santina Rovera, un premio temporal de 1.000 pesetas anuales, en honra de sus finados. Divisible en dos o más premios en caso necesario.

Srta. María del Pilar Rovera, un premio temporal de 1.000 pesetas anuales, en honra de sus finados. Divisible en dos o más premios en caso necesario.

Sra. D.<sup>a</sup> María Teresa Ventoso, un premio temporal de 125 pesetas anuales, en memoria de sus parientes difuntos.

Excma. Sra. Condesa de Sietefuentes, un premio temporal de 200 pesetas anuales.

Excmo. Sr. D. José Tartere, Conde de Santa Bárbara de Lugones, un premio temporal de 200 pesetas anuales.

Srés. Domecq, un premio de 500 pesetas anuales.

Excmo. Sr. Conde de Mieres del Camino, un premio de 500 pesetas anuales.

Rvdo. Sr. D. J. Antonio de la Bárcena, Párroco, un premio vitalicio de 125 pesetas anuales.

Sra. D.<sup>a</sup> Manuela Sainz de Rozas, un premio de 125 pesetas

Sra. D.<sup>a</sup> Encarnación Herrero de la Riva, un premio temporal de 500 pesetas.

Sr. D. Antonio López Dóriga y López Dóriga, un premio temporal de 500 pesetas anuales.

Sra. D.<sup>a</sup> Ramona de Soler, Viuda de Minguell, un premio temporal de 500 pesetas.

Sra. D.<sup>a</sup> María Campos, Viuda de Darnande, un premio vitalicio de 125 pesetas anuales.

Sra. D.<sup>a</sup> Angeles Escuder y Villalonga de Dehesa, un premio de 250 pesetas, en memoria de su madre doña Rosa Villalonga, viuda de Escuder,

Premio Latorre, de 250 pesetas, fundado en honor de San José.

Premio Clezal, de 500 pesetas anuales.

Premio Leocort, de 400 pesetas anuales.

---

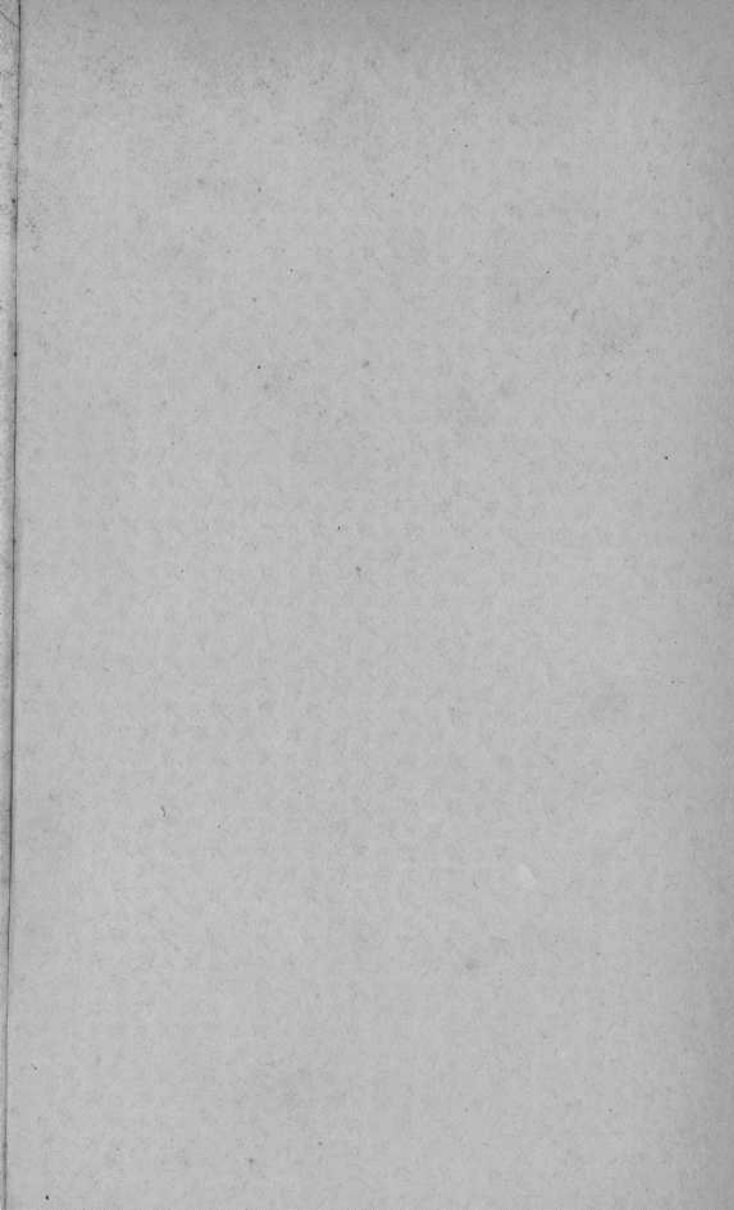
Preciso es rendir a estos excelentes católicos, a estos buenos españoles, el homenaje de nuestra admiración, pidiendo a Dios que fructifique su nobilísimo ejemplo.

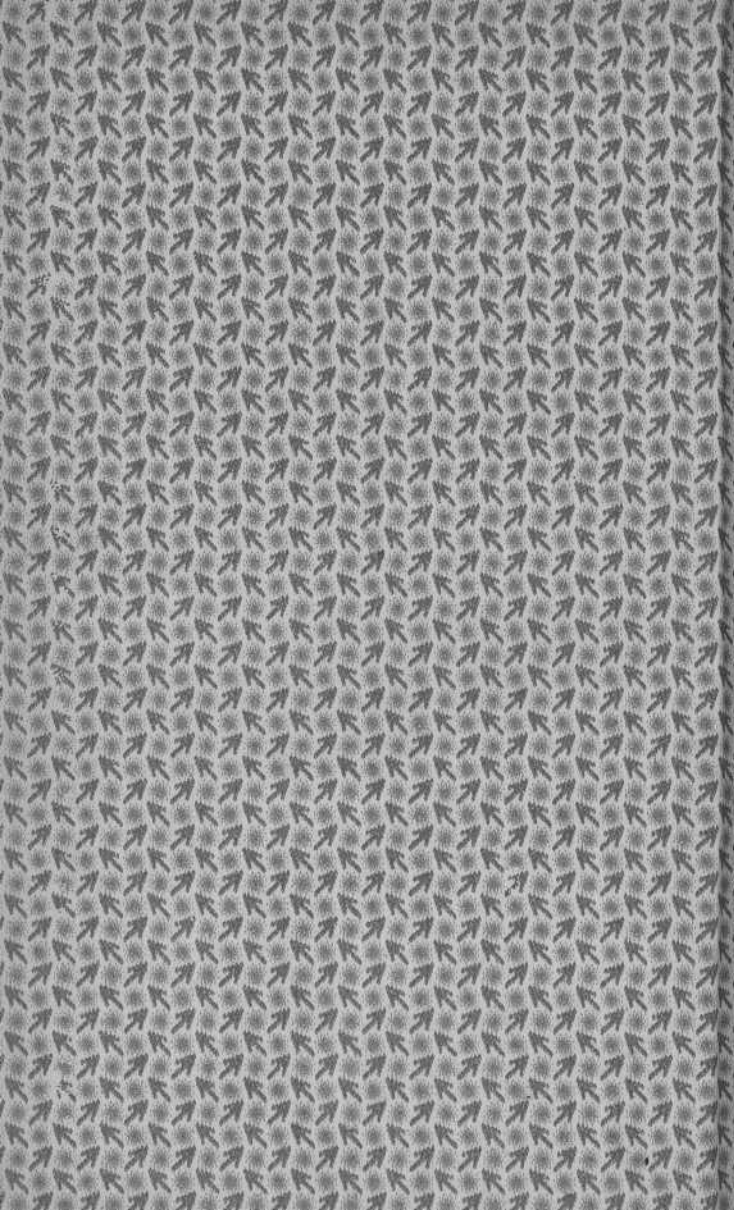


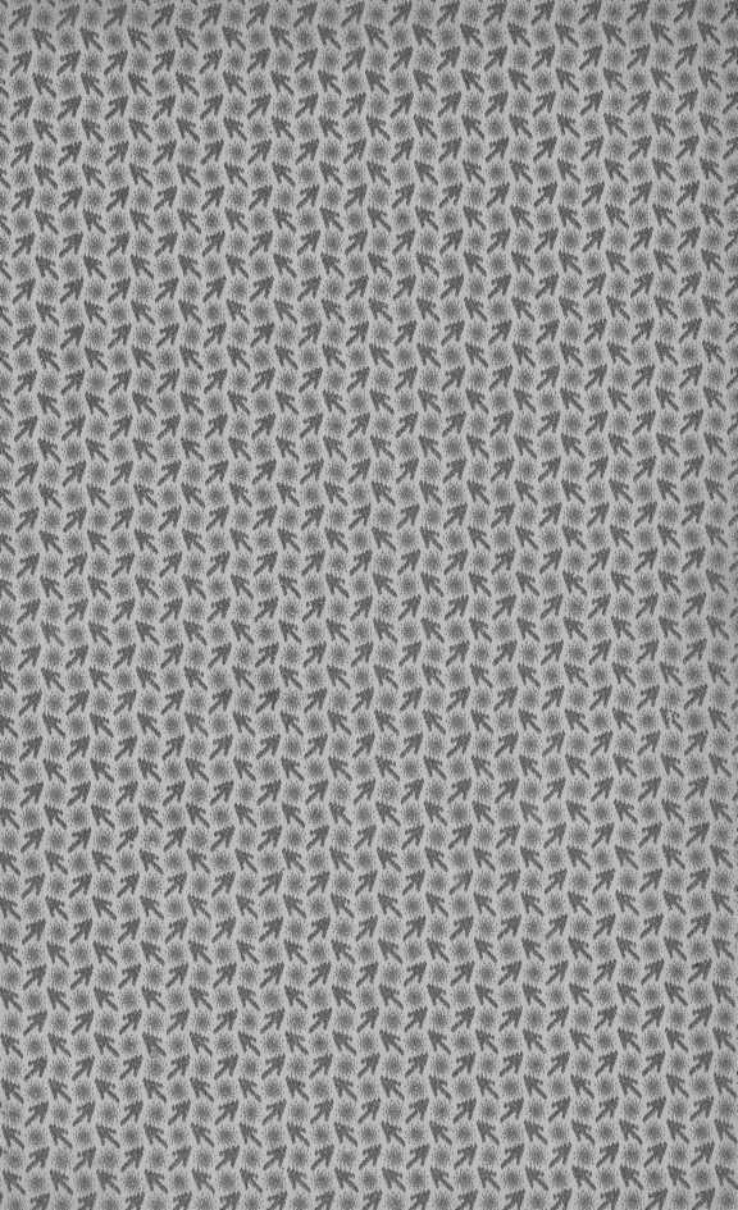
REAL ACADEMIA  
ESPAÑOLA

La Biblioteca "Patria", utilísima  
en nuestra nación por diversas ra-  
zones de todos conocidas y procla-  
madas, lo es todavía más señalada-  
mente en las repúblicas hispano-  
americanas, donde su lectura cau-  
sa el triple bien de oponerse a  
otras nocivas, fortalecer los sagra-  
dos vínculos de raza y servir de  
patriótico baluarte contra la  
grosera invasión de extranjerismos,  
que tiende a convertir en una len-  
gua babilónica y bárbara de puer-  
to mediterráneo la gloriosa y  
hermosísima lengua de Cervantes.

Francisco Rodríguez  
Atarín











N. DIAZ  
DE  
ESCOBAR



EL PARROCO  
DE  
ALLANIERVE



16



1226

